

DYLAN MARTINS

# UN JEFE MUY

*Satisfayer*



**UN JEFE MUY**  
*Satisfayer*

Primera edición.  
Un jefe muy Satisfayer.  
Dylan Martins  
©Marzo, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Epílogo**

## Capítulo 1

Me asomé al espejo que había a la derecha de la entrada de mi casa justo antes de salir hacia mi primer día de trabajo. De un lado, de otro, de frente, de espaldas... ¡Perfecta! Y es que yo cuidaba hasta el más mínimo detalle.

Si algo tenía claro es que a estilo, glamur y belleza no me ganaba nadie y no, no es que fuera presumida, es que era la realidad.

Y ese día quería impresionar especialmente...

Mi abuelo tenía unas bodegas que rodeaban sus oficinas en unos terrenos que iba a vender. Le había llegado la hora de la jubilación y ninguno de sus hijos quería seguir a cargo del negocio familiar, así que con la venta conseguiría dinero y lo repartiría entre ellos.

Yo era su nieta favorita, aunque obvio que no lo decía, de modo que me permití pedirle un favor, que las vendiera con la condición de que el nuevo dueño me diera un puesto en la recepción o administración de la empresa.

Y lo hizo...

Firmó mi obligado mantenimiento en el equipo hasta el día en que me jubilara, pactando un buen sueldo, generosas vacaciones y fines de semana libres ¡Un chollo! En caso de que me despidiera, mi jefe tendría que ingresar en mi cuenta una indemnización que lo haría temblar y a mí vivir a cuerpo de reina.

Llegué en mi coche recién estrenado. Me lo acababan de regalar mis padres por mis veintiséis cumpleaños. Y ello a pesar de que con mi padre no me hablaba apenas ¡Eso era arte! Lo aparqué en el estacionamiento frente a la puerta de las oficinas y entré decidida.

El encargado de seguridad me pidió la identificación y le enseñé el documento de identidad, ya que aún no tenía nada que me vinculara a la empresa. Me hizo pasar al despacho del jefe, tras comprobar que me estaba esperando. Me acompañó hasta la puerta.

No tenía ni idea de si se había tomado bien el tener que cargar conmigo toda la vida o, por el

contrario, mal, pero estaba a punto de descubrirlo. El chico llamó a la puerta y abrió para que pasara, dejándome sola ante semejante portento. Casi me caigo al suelo, pero no, para chula yo, tenía que aparentar indiferencia.

— Buenos días, soy Sara Carmona — le extendí la mano con media sonrisa.

— Buenos días, señorita enchufada — soltó con toda su jeta apretando mi mano, sin poder imaginar que acababa de hacer una declaración formal de guerra.

— ¿Enchufada? Gracias a mí tienes estas tierras — le sonreí.

— Vaya... Pensé que era gracias a tu abuelo.

— Verás, no tienes ni idea de la historia que hay detrás de todo esto, así que piensa en enchufes, cables, electricistas y lo que quieras, mientras me llegue mi buen sueldo a final de mes, no tenemos nada más de lo que hablar — le hice un guiño — Ahora puedes decirme dónde está mi recepción, mi mesa o mi despacho — sonreí con ironía.

— Vaya, ¿Estás segura de que no tenemos nada más de lo que hablar?

— Afirmativo — lo miré de arriba abajo con descaro.

— ¿Algo que objetar? — preguntó refiriéndose a la ojeada que le había echado.

— Los pantalones un pelín largos, ya no se llevan tanto, por lo demás estás pasable.

— ¿De verdad voy a tener que aguantarte toda mi vida?

— No, toda tu vida no. Tengo veintiséis años, así que cuenta hasta que tenga sesenta y cinco que es la edad de jubilación. Aunque imagino que esto pasará mucho antes a otras manos, pues debes rondar los ¿Cincuenta? Exageraré por lo menos doce años.

— Cincuenta y cinco, pero dicen que me conservo muy bien — soltó de lo más irónico el jodido. Casi rompo a reír, pero no le iba a dar ese gusto.

— Ah no, fijate que te quité cinco años, pues sí que estás cuidado, lo único que en diez años

te pierdo de vista, ya sabes, a jubilarse toca — sonreí.

— ¿Y tú en serio tienes veintiséis y no treinta y cinco?

— ¡Celosillo! Ay, pobre, que le duele ser un cincuentón...Que no, tonto, que yo tengo veintiséis y la piel como la de un bebé — lo miré con indiferencia con una sonrisa de lo más falsa.

— Madre mía la que me ha caído contigo, muy buena esa estrategia para deshacerse tu abuelo de ti — asentía incrédulo.

— Una cosa ¿Cómo era que te llamabas?

— No te dije mi nombre...

— Mi abuelo sí, pero debió ser muy común para no recordarlo.

— Anda que Sara es nombre de aristócrata — rio — Me llamo Jorge, espero que no se te olvide.

— Y si se me olvida lo vuelvo a preguntar, no te preocupes que sé resolver mis asuntos — sonreí — ¿Y mi puesto de trabajo?

— Pues en la recepción donde está la centralita en la que desviarás las llamadas y pasarás a clientes a la sala de juntas. Ahora te lo explica al dedillo Kike, el coordinador de las bodegas.

Se fue hacia su sillón y lo mandó llamar. Yo me puse a mirar mis uñas rojas que brillaban de lo más relucientes. Sabía que ese gesto lo pondría muy nervioso, así que como yo era la enchufada, él iba a ser mi saco de boxeo.

Entró un chico muy simpático y se presentó, era Kike. Me despedí de Jorge con una sonrisa cien por cien irónica.

Kike me hizo una visita guiada del recinto al completo. Había cantidad de trabajadores por las oficinas, fui saludándolos a todos como si fuera la reina de Inglaterra, con ese movimiento de

mano tan característico. Yo ya conocía aquello, los nuevos eran los empleados, con los que ya me iría familiarizando.

Y llegamos a la recepción. La habían cambiado, antes había pasado por ella y lo percibí. Allí me explicó cómo se pasaban las llamadas, los listados de cada puesto y lo que debía hacer cuando llegara un cliente, aunque me advirtió que la mayoría de las llamadas ya iban directas a cada departamento. ¡Vamos que no era para quebrarse!

Coloqué mi bolso sobre el perchero que había tras de mí y me senté en aquella silla que me pareció tan cómoda.

Fui a la máquina de café y me hice uno. Lo mejor del caso es que las cápsulas estaban disponibles gratuitamente, las iba a agotar todas ¡Con lo que me gustaba un cafelito solo!

Media hora, una hora, dos horas, tres horas ni una llamada... ¿Estaba estropeado el teléfono? ¡Anda que el puesto era complicado!

Marqué el número de Jorge desde la centralita. Ya me había dicho que para cualquier cosa llamara a Kike, pero ese no se había enterado de que yo iba a hacer lo que me diera la gana.

— Dime Sara — vio reflejada en su teléfono la llamada desde recepción.

— ¿Cómo era que te llamabas? — me mordí los labios para no estallar de la risa.

— Jorge, apúntalo, Jorge — sonó a desesperado.

— Ah vale, Jorge, mira una cosita — lógico que lo iba a tutear, ni que fuera el presidente del gobierno, aunque ni a ese creo que le hablaría de usted — Es que no sonó el teléfono en todo este tiempo ¿Estará averiado?

— Hoy es el primer día en nuestros puestos. Están casi todas las llamadas desviadas por un robot automático que pregunta a los clientes con qué departamento quieren hablar. Por esa razón, si no es para algo general o que aparezcan para una cita, no debe sonar.

— ¿Y para qué me contrataste entonces? — pregunté ya a punto de llorar de la risa.

— Eso digo yo, para qué... Haz el favor de recordar que, para estas cosas con Kike, intenta molestarme lo menos posible.

— Anda que no eres quejica. Hasta luego, jefe, pues ya no me acuerdo de tu nombre, cualquiera te lo pregunta de nuevo — le colgué y comencé a reírme sola.

Tres horas después, nada de nada, pero nada. El reloj marcaba las dos de la tarde y solo faltaba una hora para salir.

Abandoné mi puesto y me dirigí al despacho de Jorge, mi jefe, para cojones los míos.

Dos golpecitos y la otra mano en la manivela.

— Adelante...

Abrí la puerta y el gesto de su cara era de resignación total.

— Pues no parece que no te alegras de verme...

— Muy, muy grande, la alegría que me das — soltó con ironía.

— Pues cambia esa cara que parece que te dio una indigestión.

— Claro y yo voy a hacer lo que a ti te dé la gana. Venga ¿Qué quieres? No tengo todo el tiempo para ti.

— ¿Cómo te llamabas?

— Cierra la puerta, haz el favor — dijo estirando su mano y señalándola para que me fuera.

— Vale, vale, no veas qué mal carácter tienes.

Salí de allí y me tuve que meter en el baño para reírme. La cara de ese hombre mi primer día era para dejarla grabada y se trataba de eso, mi primer día, no quería pensar cómo acabaría la semana... ¡Pero pintaba de lo más divertida!

Por momentos iba intuyendo que allí me lo iba a pasar de fábula. Trabajar no trabajaría mucho, así que mataría las horas pensando cómo tocarle las narices al maromo ese engreído que me había tocado en suerte.

Volví a mi puesto y nada, a la hora de la salida comenzaron los desfiles y yo me uní a ellos para irme.

Cogí el coche y me fui directa a mi casa. Me moría del hambre, no había nada mejor que vivir con los padres de una, además de tener un trabajo por fin de lo más relajado. Yo era una privilegiada y lo sabía ¡Me faltaba ir dando saltitos!

— Mamá ese trabajo es un chollo — dije poniendo el bolso sobre la silla y dándole un beso.

— ¿Te fue bien?

— De lujo, no se hace ni el huevo.

— ¿Y eso?

— Me da que para hacerse con las bodegas el jefe aceptó lo de darme el trabajo, pero no se fía de mí, me tiene en la recepción, en un puesto en el que no se hace nada. ¡Se debe haber pensado que soy un maniquí viviente!

— Tienes que ir ganándote la credibilidad, hija.

— ¿Credibilidad? ¡Que se la gane mi jefe!

— Pero hija...

— Nada madre, es tonto ese hombre, te lo digo yo. Hoy me presenté y me llamó enchufada.

— ¿En serio?

— Por el abuelo — besé mis dedos en señal de juramento.

— Espero que no le hayas soltado una de las tuyas, por Dios.

— ¡Por favor! Le di las gracias y todo — adopté ese tono irónico que mi madre aún no pillaba. Era ideal la mujer.

— ¿Segura?

— Como que traigo un hambre que devoro lo que me pongas — sonreí.

Me senté a comer con ella. Mi padre era abogado y estaba en su bufete. Mi madre no trabajaba, ya que prefirió dedicarse a su hija y a la casa. Lo cierto era que no le hacía falta.

Vivíamos en una casa espectacular, en la que no faltaba un detalle, con varias plantas y todo lujo de comodidades. Mi madre tenía mucho gusto para la decoración y bastante tiempo libre, de forma que las estancias estaban todas de dulce.

Mi padre casi no se hablaba conmigo, bueno ni yo con él. Eso sí, procuraba que no me faltara de nada, pero estaba muy enfadado desde que decidí abandonar los estudios y no cursar una carrera. Mi decisión supuso para él un palo muy grande, así que me hablaba lo mínimo y yo ya me había acostumbrado.

Al principio me resultó un tanto doloroso, pero no estaba dispuesta a pasar por sus imposiciones por ganarme su favor. Él era demasiado cuadriculado y aquel debía ser el hogar de una familia y no un cuartel donde él fuera el general y se creyera con derecho a manejar mi vida a su antojo. ¡Ya se le iría pasando!

Con el tema de que iba a trabajar en un puesto fijo en las bodegas ya sabía que estaba más feliz, casi se le escapaba una sonrisa al verme durante esa semana en la que mi abuelo firmó por fin con esa condición. Yo en el fondo estaba deseando que aceptara mis decisiones, pero rogarle más de lo que hice en mi día, no. Me negaba ¡Menudita era mi menda lerenda!

Además, que él se había puesto muy pesadito con el tema de la dichosa carrerita. Vale, que le hubiera gustado mucho tener un título de licenciada con mi nombre en la pared, pero que la vida era más que eso. No todo se reducía a los estudios, aunque bien parecía que para él sí. Todavía, si se hubiera dedicado a intentar convencerme, igual hubiera hasta logrado algo, pero se puso en plan dictador y a mí como que no...

Por la tarde pasé por la peluquería. Me iban a hacer las mechas y tenía cita desde hacía tiempo, ya que era una de las más solicitadas y exclusivas. Quería estar radiante para ocupar mi puesto, aunque igualmente lo hubiera hecho. Cuidaba mi imagen al detalle y siempre iba a la última. Vamos que, porque a mí no me iba ese rollo que, si no, hubiera podido ser *influencer*.

Luego pasé por una tienda de decoración y compré un jarrón precioso blanco con unas flores de madera en colores, una maravilla para “mi” recepción. Al día siguiente lo plantaría allí, al igual que un par de marcos con fotos míos en las que salía divina. Iban a hacer las delicias de Jorge ¡Por las narices!

Por momentos me iba poniendo más la idea de sacarle de quicio. A falta de nada mejor que hacer en el trabajo, esa se convertiría en mi principal ocupación.

Llegué a mi casa a la hora de la cena y allí estaba mi padre sentado, hablando con mi madre.

- Buenas noches, Sara — me dijo casi sin mirarme, como siempre, en su línea, pero ya al menos me daba las buenas noches. Un primer paso.
- Buenas noches, Don Enrique — si no me trataba como a su hija, pues yo le trataría como lo haría con un desconocido, menos con mi jefe, que ese era gilipollas y me caía mal.
- Hija — hizo mi madre un gesto con su cara como pidiendo que no lo llamara así. Le sonreí y ladeé la cara dándole a entender que eso era lo que había.

Lo descrito era el pan nuestro de cada día desde hacía muchísimo tiempo, pero siempre de modo pacífico, nunca había llegado la sangre al río. Indiferencia y punto. Ya cambiaría, pero cuando él reconociera su error.

Me senté a cenar y mantuvimos una conversación en la que mi madre era el comodín de mi padre y mío, o sea, hablaba conmigo un poco y luego con él. Yo pasaba, ya me había adaptado, era cabezón como la vida misma.

Tras la cena me retiré a mi dormitorio, situado en la última planta. Se trataba de la buhardilla que cogía todo el largo y ancho de la casa. Era una auténtica preciosidad, con zona de estudio en la que estaba mi portátil, la cama, otra zona de sofá con una buena pantalla de televisión, un vestidor chulísimo y el baño. Casi estaba independizada, solo me faltaba echar a mis padres de su casa.

Me acosté riéndome, pensando en lo que diría Jorge al día siguiente con el nuevo aire que le iba a dar a la recepción ¡Y que se apretara los machos porque venían curvas! Yo en algo me tenía que distraer y si el teléfono no sonaba, ya buscaría en qué...

## Capítulo 2

Llegué feliz a mi puesto de trabajo con el jarrón de flores en las manos, de las que me colgaban el bolso y los dos marcos de fotos. Iba monísima con aquellas adquisiciones tan cuquis.

El encargado de seguridad me miró levantando la ceja. Esperaba que ni se le ocurriera decirme algo que se comía el jarrón y las flores.

Coloqué el jarrón en el lado opuesto del mostrador al que estaba el ordenador y detrás de mí había una repisa pequeña con un reloj, perfecta para poner a cada uno de sus lados mis fotos ¡Eso ya era otra cosa!

Jorge apareció una hora después. Salía para la cafetería de las bodegas donde había hasta restaurante. Iba ensimismado en sus pensamientos, pero no por ello pasó de largo.

Observó las fotos, el jarrón y me miró a mí con la cara descompuesta.

— Voy a dejar esto que ni la casa real nos hará sombra — sonreí.

— ¿Quién te dio permiso?

— ¿Permiso? Cuidado con lo que dices que es discriminación y abuso de autoridad — para algo me valía tener un padre abogado, aunque no me hablara, su vocabulario lo había aprendido — Tú tienes fotos en tu despacho, creo que tengo derecho a sentirme cómoda en mi recepción.

— Tú lo has dicho, es una recepción — apretaba su cara y el puño.

— Mira, ve a tomarte un cafelito, que creo que hoy no tuviste buena noche. Haré como si no hubiera oído nada — le señalé la puerta ¡Aquí hay que venir de mejor humor!

— ¡Pero bueno! — exclamó levantando su mano enfurecido y luego recogióla. Se giró soltando el aire y tal como salió por la puerta me eché a reír.

¿La verdad de mi propósito? Conseguir no tener que aparecer a trabajar en mi vida y que Jorge me ingresara el sueldo a final de mes en la cuenta hasta que me jubilara. Así de fácil se lo pondría, pero claro, me lo tenía que currar un poco más.

Estaba todo calculado y no tenía duda de que lo lograría. Despacito y buena letra, yo a ese lo iba a poner en la punta de la picota hasta que me rogara no verme por allí ni en pintura. Ni mis fotos iba a querer que dejara. Y por mí perfecto, tampoco es que se me fuera la vida en verle a él, precisamente.

Un rato después volvió de la cafetería. Venía con el ceño fruncido, pero no, no se iba a parar, aunque a callar tampoco.

— Más vale que no me lo pongas difícil — decía mientras se iba.

— ¿Yo? ¡Soy un amor! — grité para que me escuchara.

— ¡El demonio en persona! — gritó entrando a su despacho.

Eso era buenísimo, ver a ese tipo, con esa planta, vestido de punta en blanco con ese traje chaqueta que le quedaba clavado, su camisa ceñida blanca un poco abierta... Parecía que iba a una gala de televisión y tan echando humo por mi culpa... ¿Me había llamado demonio?

Cogí el teléfono y marqué su extensión.

— Sara, espero que no me llames para ninguna tontería.

— Ah no Kike, te llamo para...

— ¡Jorge! Joder ¡Jorge! — colgó la llamada.

Bueno, lo iba a dejar respirar, coger aire, tenía un mal día el chaval. Igual no había pasado buena noche y no era plan de atosigarlo a saco. Le daría un ratito antes de volver a la carga.

A lo largo de la mañana entró una llamada y me puse tan nerviosa a tocar las palmas de la emoción que se cortó antes de que la cogiera ¡Mala suerte! Ya llamaría otra vez si le interesaba. Yo era una excelente profesional y ahí estaría de nuevo, al pie del cañón.

Mis compañeros iban y venían. Me saludaban, pero aún no conocía a ninguno en especial, excepto a Kike, ese que pasaba por mi lado sonriente preguntando si todo bien y sin pararse, parecía que llevaba el mojón en el culo.

Me hacía gracia una chiquita que por lo visto se llamaba Ashley, según le escuché a su compañera. Parecía muy buena gente, pero tenía una cara de empanada que no podía con ella. Igual le venía bien mi ayuda para quitarse esa torta de encima. En algún momento que me apeteciera la abordaría, pero tenía que darme el punto, que yo era muy independiente.

A última hora apareció mi jefe por la recepción y puso unas carpetas encima de la mesa.

— A partir de mañana necesito que crees una carpeta por cada expediente y vuelques en ella los datos de cada empresa, las provisiones y los cierres que pone en cada una.

— Por supuesto, Juan.

— ¿Te ríes de mí?

— ¿Yo? ¡Por favor! Si algo tengo es clase, educación y respeto. Mañana lo tendrás a última hora todo volcado, Juan.

— Vale, Romelia. Hasta mañana — dio dos golpes en la mesa y se marchó.

Romelia decía, ¡anda que la que le quedaba a Mister Culito Duro!, ese me iba a acelerar lo de la paga vitalicia. ¡Lo veía venir! Éramos dos polos opuestos y al paso que íbamos hasta me pagaría el doble para que desapareciera de su vista.

Salí y me fui a comer una tapa al bar de las bodegas, sola, pasaba de ponerme a charlar con nadie, capaces eran de desnivelarme mis chacras, quita, quita.

Me puse a buscar en las redes una foto de Jorge y ¡bingo! La del perfil de su Facebook era buenísima, con una camisa ibicenca abierta, blanca, con su pecho moreno, sentado en un bar de una playa paradisíaca, encima con ese gorro blanco ¡Era perfecta!

De allí me fui a imprimirla en grande, tamaño póster. Después le compré un marco blanco y lista

para colgarla a la espalda de mi mostrador, al lado de la repisa.

Al día siguiente lo haría, por ahora se quedaría en el maletero de mi coche. Cada cosa a su tiempo tampoco había tanta prisa por sacarlo de quicio.

Llegué a casa de noche, mis padres estaban en el salón. Yo ya había cenado un sándwich que me compré en un bar, así que...

— Buenas noches, señores — les dije a los dos y continúe hacia delante para subir las escaleras que me conducirían a mi buhardilla.

— Buenas noches, hija — contestó mi madre.

Mi padre no contestó, estaría durmiendo en el sofá, no quería ser mal pensada ¡Por favor!

Por la mañana acudí más temprano de lo normal al trabajo, casi una hora. No me podía perder la cara de mi jefe al ver su cuadro en primer plano tras de mí.

Cuelgas fáciles y el palo de un mortero que cogí de la cocina de mi madre y ¡listo! Eso estaba cogiendo forma.

Más de uno entró y no daba crédito. Sus caras lo decían todo, así que imaginad la que se le quedaría a él.

Y ahí venía el toro bravo y eso que aún no lo había visto. Me santigüé antes de que me entrara.

— No — se puso la mano en la cara, esa que se había vuelto morada tirando para reventar — dime que esto es una broma, que hay una cámara oculta o algo.

— ¿Por qué, Kike?

— No me llamo Kike, ni Juan — puso sus manos en el mostrador y se acercó muy enfadado — No me toques más los cojones o...

— ¿Me despides? — reí.

- Tienes dos minutos para quitar todo lo que has puesto, empezando por mi foto — dijo señalándome con el dedo mientras yo lo miraba con cara de aburrimiento.
- Claro que sí, jefe — sonreí con ironía.
- Empieza ya — se marchó señalando con el dedo.
- Ahora mismo — le hice un “adiós” con la mano a modo de princesa.

Tenía claro que se iba a quedar con las ganas, allí no se movía nada...

Me puse a preparar lo de los expedientes con tranquilidad, había que hacerlo con calma, que el estrés daba muchos problemas cardíacos y no, por un trabajo no había que jugársela ¡Y menos por uno con un contrato tan blindado como el mío!

A la hora de la salida no había aparecido el jefe. Descolgué el cuadro y me lo llevé ante la mirada alucinada del chico de seguridad.

- No te preocupes que mañana lo traigo de nuevo, es que lo quiero poner en la cabecera de mi cama — sonreí con ironía y él se quedó en shock, ni gesticuló.

Desde luego que yo no era el tipo de empleada al que estaban acostumbrados por allí, ni pretendía serlo. Yo iba a dejar huella, de mí se iba a hablar en las bodegas durante años, aunque no esperaba estar entonces para verlo.

De lo más contenta llegué a mi coche y metí el cuadro en el maletero, de donde lo sacaría al día siguiente para volverlo a colocar. El caso es que no se lo iba a dejar allí al capullo de mi jefe que era capaz de hacerlo trizas, ni mijita, ese se venía conmigo todos los días.

De allí me fui a casa de mis abuelos. Les prometí que comería con ellos para ponerlos al tanto de cómo me iba en el trabajo.

Y claro, a mis abuelos les iba a contar que todo estaba siendo de lo más ejemplar. Les dije que estaba trabajando sobre unos expedientes que me llevaban mucho tiempo por la meticulosidad que requerían. Si es que tenía yo un arte para explicar las cosas que no entendía cómo no me daban una medalla.

Pasé la tarde con ellos, hasta cené... Por la noche volví a mi casa y mis padres ya estaban en la cama, así que me ahorré saludar a Don Enrique.

## Capítulo 3

Vuelta al trabajo, menos mal que era miércoles y ya faltaba menos para el fin de semana, eso de trabajar tanto tiempo me ponía de lo más estresada.

Saqué del coche el cuadro de mi jefe y entré hasta mi puesto. El chico de seguridad se quedó mirándome boquiabierto.

- Buenos días, Sara — joder hasta mi nombre se sabía.
- Buenos días, chico de seguridad.
- El jefe no quiere ese cuadro...
- Ni yo aguantarlo y no te digo nada.

Pasé de él y llegué a mi puesto, colgué el cuadro y esperé a que apareciera el *Satisfayer* caducado, qué poco sentido del humor.

- Buenos días ¿Qué cojones hacen mi cuadro y tus fotos ahí? Ni siquiera el jarrón debería estar — su cara reflejaba furia, indignación y ganas de matarme.
- En muchas empresas tienen el cuadro del rey colgado, pero para mí tú eres más importante que él, eres el dueño de los viñedos y hay que darte tu lugar.
- Yo me cago en el lugar, en los viñedos y en mi vida ¡Quítalo! — gritó marchándose.
- A mí no me hablas tú así ni en broma — dije en voz alta.

Le faltaba una semana más o menos para mandarme de vacaciones indefinidas. Ese no aguantaba más, por su bien que no lo hiciera, de lo contrario tendría que pasar al plan B y mucho me temía que no le iba a gustar.

Pasé la mañana de lo más liada con esos expedientes que me hacía llegar con Kike, que miraba al cuadro y me hacía un gesto de que eso no estaba bien, pero yo le sonreía con toda amabilidad. Mi jefe se quedaba ahí colgado.

A la hora de la salida cogí el cuadro del míster y salí tan feliz para mi coche ante la cara de

negativa del vigilante de seguridad que estaba alucinando en colores.

Llegué a mi casa y me encontré a mi padre allí para comer.

Mi madre me dio un beso y él las buenas tardes, a lo que le respondí como siempre.

— Buenas tardes, Don Enrique — me senté tan ricamente.

La buena mujer me miró resoplando, pues no le gustaba que le llamara así, pero ¿Qué quería que le dijera? ¿Papi de mi alma?

Tras la comida me fui a mi buhardilla y me eché un rato a dormir. Estaba agotada del día de trabajo, eso no estaba hecho para mí ¡Vaya trajín!

Cuando me levanté me fui a buscar a mi amiga Yeya, que tenía una vida de ensueño. A su padre le tocó un premio de lotería multimillonario en los Estados Unidos y le mandó una fortuna a ella para que viviera la mejor de sus vidas. Sus padres estaban separados y su mamá murió el año anterior.

Yeya tenía una casa preciosa con un jardín de película en el que hacía fiestas de lo más exclusivas, para nuestro entorno más cercano y elitista. No cualquiera podía entrar en nuestro círculo, para eso nosotras lo valíamos.

— Buenas tardes, *amore* — dijo dándome dos besos.

— Buenas tardes, cariñete.

— Cuenta de tu nuevo trabajo, estoy deseosa — me pasó a su impresionante cocina para tomar un vino.

— Pues tengo un jefe que es todo un monumento, está buenísimo... alto, rubio, con cuerpo escultural, pero lo estoy sacando de sus casillas, ya que me llamó enchufada nada más verme.

— No me lo puedo creer — se puso indignada las manos en la cara.

— Y ya me conoces...

— ¡La has liado!

— Una tras otra, pero esto no hizo más que empezar.

Le conté todo lo que había hecho estos tres días y se moría de la risa.

- Eres mi ídolo, tía.
- Pues espérate que al final me llevo la paga por la cara.
- ¿Pero tan bueno está?
- Un montón, pero vamos que no me lo tiraría ni, aunque fuera el único hombre del mundo, no me llega ni a la suela de los zapatos.  
Muy bien dicho — chocó su copa con la mía.

Buenas éramos nosotras, nos lo decíamos todo solas. Mi amiga era la bomba de divertida y a mí es que me encantaba compartir con ella todo lo que me pasaba.

Y otra cosita que te voy a decir, ese que no se pase contigo un pelo o se va a enterar de quién es Yeya.

Ese se va a pasar conmigo un mojón, ya me conoces.

Sí, sí, que no se vaya a creer que has nacido para que él te explote, que le montamos un guirigay en la bodega que no se lo cree ni él.

Y ya entonces es cuando le da un síncope. Vaya, está al borde con una sola, imagínate con las dos.

Yeya había estado esa tarde de compras y tenía el dormitorio con unas dos mil bolsas, contando por bajo, que colgar en el vestidor.

Cualquier día se te cae abajo entero, jodida. Ya no te cabe ni un alfiler.

Nada, nada, mientras quepa, aunque sea apretando, yo sigo quemando tarjeta —hacía el gesto de apretar para meter la ropa, poniéndose bizca. Era de lo más graciosa mi amiga.

Lo cierto es que su vestidor más parecía una tienda de ropa en sí misma, pero para eso era rica y punto.

Mi buen trabajo me ha costado que mi padre ganara la lotería —solía decir en broma. Era todo un personaje y yo me lo pasaba fenomenal en su compañía.

Yeya siempre me comentaba que si mi padre se ponía demasiado tonto un día, que ella me hacía un

hueco en su casa, pero yo siempre le contestaba que con Don Enrique pasaba un poco eso de que no es tan fiero el león como lo pintan. Pura cuestión de ignorarlo, ni más ni menos.

Además, había que reconocer que yo en mi buhardilla vivía como el Marajá de Persia, pues contaba con todas las comodidades de vivir con mis padres y, por tanto, estar a mesa puesta, pero sin tener que aguantarlos apenas, porque allí arriba tenía mi mundo aparte. Y encima sin gastar nada, por lo que mi sueldo me iba a dar mucho de sí. A ver, ¡yo pensaba!

Me quedé a cenar con Yeya en su casa. Me estuvo contando una historia divertidísima de una prima lejana suya que se había ennoviado en Miami con un presentador de televisión y que se pasaban la vida esquivando a la prensa.

¿Tú te imaginas que nosotras fuéramos famosas, Sara?

Eso sería lo único que nos faltara, íbamos a volver a los *paparazzis* majaras, te lo garantizo.

Deja, deja, ¡qué pereza! Con la poca paciencia que tengo yo, mato un día a uno.

¿En serio? Pero si nosotras somos todo paz y amor —reí maléficamente.

Sí, sí, gamberra, no tienes más que preguntarle a tu jefe, a ver qué opina.

Ese está engloriadito, tanto que creo que me va a poner el finiquito en la mano, pero que ya —reí.

En realidad, yo no podía imaginar que me iba a divertir tanto la historia de poner a mi jefe de los nervios, pero bien pensando me estaba generando hasta un cierto vicio. Pensar en cómo fastidiarlo al día siguiente se había convertido en mi principal misión, aunque también se me daba estupendamente improvisar.

Después de cenar con Yeya me despedí quedando en que el fin de semana ya nos veríamos cuando terminara mi dura jornada laboral. Me fui para casa y me eché a dormir como lo que era, como un angelito.

Y llegó esa tan deseada mañana que era de jueves y olía a casi viernes.

— Buenos días, señor de nuestra seguridad — dije con mi cuadro bajo el brazo ante su cara de no poderse creer que de nuevo lo trajera.

— Me llamo Jacinto — sonrió casi sin ganas.

— Pues me alegro por ti — seguí andando mientras pensaba que no había un nombre en el mundo más hortera que ese.

Coloqué mi cuadro y no tardó en llegar Jorge, pero Jorge para mis adentros, para fuera sería cualquier otro nombre.

— ¿Me piensas tocar muchos las narices?

— ¿Yo? — miré a mi alrededor por si había alguien más.

— No, la que hay detrás.

Me giré y yo solo veía su cuadro, delante o detrás en ese instante solo lo tenía a él.

— No veo a nadie.

— Déjalo — estiró sus manos angustiada — Cada vez tengo más claro que tu abuelo necesitaba colocarte en cualquier sitio — se marchó soltando el aire.

— ¡Eh! Que yo tenía grandes ofertas de trabajo — dije en voz alta.

— ¡¡¡Pues haberlas aceptado!!! — gritó sacándome el dedo por detrás de su espalda y metiéndose en su despacho.

¿Me había sacado el dedo?

Dos golpecitos a su puerta y abrí.

— Una cosa, George — lo pronuncié en un perfecto inglés, para eso era la fan número uno

de George Clooney — El dedo ese haz el favor de metértelo por el culo ¡Grosero! — dije y cerré la puerta.

¡Leches! Vaya falta de respeto ese hombre, por favor.

Saqué mi esmalte de uñas y me las comencé a retocar. No tenía ganas de trabajar, ya atendería el teléfono cuando sonara, que me había puesto de mal humor ese dedo de mi jefe y ya me había dado la mañana.

Me miré e iba monísima, parecía la estrella de Freixenet con mi falta corta de tablitas en color dorado, al igual que la camiseta. Como complementos llevaba un cinturón de color rosa fucsia como mis taconazos ¡No se podía tener más estilo!

A la hora de la salida dejé en el coche el cuadro del jefe y me fui al bar de allí a comer una tapa. No quería almorzar en mi casa, se me acercó Kike y se puso a hablar.

— ¿Contenta?

— Bueno, después de que mi jefe me llamara el primer día enchufada y hoy me sacara el dedo...

— ¿En serio? — preguntó extrañado.

— Y tan en serio, pero bueno allá él y su educación.

— No veo yo a Jorge haciendo eso...

— Bueno, sí vas a dudar de mí, vas y le preguntas.

No hacía falta, venía directo hacia nosotros y por lo que veía, enflechado hacia mí.

— Si mañana veo mi cara colgada en la recepción, voy a tomar medidas legales, esto no lo voy a dejar pasar — dijo muy enfadado.

— Tengo grabado que me sacaste el dedo, yo también estoy pensando en tomar medidas legales — era mentira, yo no lo había grabado, pero para chulo él, más yo.

- Me da igual lo que tengas, deja de tocarme los cojones — decía mientras yo miraba a Kike, cuya cara era un poema.
- ¿Una copa de vino? No sabes lo bien que viene para el estrés — sonreí.
- Vete a tomar por saco — se fue furioso hasta la barra.
- ¿Lo has visto? — pregunté a Kike.
- Lo de la foto es un atrevimiento...
- Encima que tengo un detalle, vaya tela, peor es lo del dedo.
- Eso tampoco está justificado, pero deberíais solucionar vuestras diferencias.
- Eso ya ni, aunque nos pongan un mediador — reí mientras lo veía todo sofocado en la barra con el móvil enviando mensajes de audio.
- Lo vuestro va a traer muy mal rollo a la empresa.
- Yo no tengo nada en contra de nadie. Es más, voy a mi bola, el problema es con él — hice un gesto con la cara señalándolo.
- Bueno, espero que se solucione — dio un toque a la mesa para irse.
- Eso se lo dices al *Satisfayer* — solté viendo cómo su cara se soltaba para dar paso a una carcajada mientras negaba.
- Eres graciosa, lo reconozco, tienes cosas que a nadie se le ocurriría hacer, pero colabora.
- Ni que esto fuera una ONG — me encogí de hombros.
- Me voy — se marchó negando mientras sonreía.

Salí de allí muerta de risa, pobre George, la que le había caído conmigo, que iba a tomar acciones

legales decía ¡Temblando estaba!

Al salir del trabajo aproveché para hacer unas compritas. El fin de semana me gustaba estrenar algo, además mi abuelo me había hecho un buen regalo por la venta de sus tierras, aparte del puesto, obvio.

Por la noche no estaban mis padres en mi casa, habían salido a cenar, alguna que otra vez lo hacían.

Viernes de champú ¡Porque yo lo valgo!

Pasé por delante del chico seguridad, a ese se me había antojado tocarle un poco las narices.

— Buenos días, Renato — sonreí con mi cuadro bajo el brazo.

— Buenos días. Es Jacinto — sonrió con amabilidad.

— ¡Mi cabeza! — negué entrando.

Colgué el cuadro en su lugar y esperé a que viniera el que amenazaba con lo de las acciones legales.

Nada, dos minutos después y apareció por las puertas mientras yo me tomaba el café que me había preparado.

— Buenos días, Sara. ¿Bien? — ¿y a este que le había pasado?

— Buenos días, Juan, genial ¿Y tú?

— Muy bien, gracias. ¿Te apetece al final de la mañana tomar algo en el bar y hablar? — ignoró lo del nombre, ya me daba por perdida.

— ¿Hoy qué día es?

— Viernes... — ya lo estaba desesperando ¡Molaba!

— Déjame mirar la agenda — saqué una pequeña que siempre llevaba en el bolso e hice como que la ojeaba — Está bien tengo un hueco a esa hora.

— Genial. Luego te veo — sonrió con esfuerzo.

— Hasta entonces — sonreí ampliando la sonrisa de tal forma que se me viera que no me faltaba ni una muela.

Quería hablar conmigo ¿Había ganado yo la partida? Intentaba fingir que estaba bien y que reinara un poco de cordialidad, pero sabía que estaba haciendo el papelón del siglo, lo que no sabía es que estaba delante de la mejor actriz que había nacido en el mundo.

La mañana la pasé trabajando relajadamente, esperando a la hora de la cita con mi jefe, pues en un bar no podía ser otra cosa más que una cita...

“JORGE”

Desde que esa mujer apareció por la puerta de mi despacho aquel primer día, me pareció de lo más fina, elegante, con una belleza arrolladora, hasta que abrió la boca y ahí la liamos...

En esa toma de contacto inicial le gasté una broma llamándola “enchufada”, quería romper el hielo, lo que no sabía era que acababa de abrir la veda y la había incitado a tener un comportamiento que no sabía cómo calificar, no supo entender mi humor.

Antes de que se desatara aquella mala onda tenía claro que la quería como mi secretaria, en la mesa que había adicional en mi despacho, pero como se puso como una energúmena determiné mandarla a recepción donde tenía un puesto reservado para mi prima que se incorporaría en un mes. De ahí el desvío de llamadas y que no hubiera trabajo en esa centralita aún, pero no, ella se empeñó en ponerse de aquella manera y no tuve más opción que mandarla allí por su conducta, esperando que todo cambiara ¡Iluso de mí!

Lo de la foto fue lo peor ¿Cómo se le podían ocurrir esas cosas y quedarse tan ancha? Intenté partirla de mil maneras cuando ella no estuviera en el puesto, pero no, ella la llevaba y traía como

un bolso, sabía que corría peligro si la dejaba a solas ahí colgada ¡Era muy lista! Lo tenía todo muy pensado...

Lo de cambiarme el nombre yo sabía que lo hacía para sacarme de quicio, lo peor de todo es que lo conseguía.

Me las ingenié para quedar con ella porque me la quería llevar a mi terreno, fingir desear cordialidad, pues algo tenía que hacer para frenar la locura que se había desatado en su mente.

Si tenía que seguir sus ironías lo haría, sabía que tenía todo, menos un pelo de tonta, pero yo tampoco lo tenía...

¿Gustarme? No lo voy a negar, en el fondo me ponía mucho y tarde o temprano la tendría expuesta ante mí.

## Capítulo 4

Yo me sentía fenomenal que para eso era viernes, cuando vi que aquella chica, Ashley, pasaba delante de mí, con menos ganas de trabajar que el que inventó la bandera de Japón. No sabía lo que le pasaba, pero cada día la veía más alicaída.

Ya estaba bien, hombre, iba a entrar yo en escena.

¡Espabila! —le solté cuando pasó delante de mí.

¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —pegó un salto y se llevó las manos al pecho.

Tranquila, que he dado una palmada, no he puesto una bomba, aunque ganas no me faltan —reí irónicamente pensando en que un aviso de bomba sería lo único que faltara para que a Jorge le diera un infarto.

¡Mujer, qué cosas dices! Es que me has asustado.

A ver, es que llevo unos días observándote y te voy a decir la verdad, me caes bien, porque si no fuera así, una mierda te iba a hablar, pero te veo con muy mala cara últimamente.

¿Sí?

Si, mira, te voy a invitar a un cafelito.

Vale, vale, eso era lo que me iba a tomar yo ahora, que creo que tengo la tensión baja.

¿La tensión? Yo creo que tú tienes la moral por el suelo, fijate. Vamos que tú lo único alto que tienes es la coleta esa que me traes.

¿Tú crees? Mira que yo soy un poco hipocondríaca, a ver si voy a tener fiebre o algo.

La chica se veía encantadora, pero con muy poquita sangre, para qué íbamos a engañarnos. A esa le ponía yo las pilas, se me había metido entre ceja y ceja. Iba a hacer con ella la buena obra del

mes.

Bueno, yo soy la nueva, la alegría de la huerta, Sara me llamo —le puse un café de la máquina de la mano y nos sentamos en una sala de descanso que habían habilitado para los trabajadores.

Ya he escuchado hablar de ti, sí —rio.

— Espero que bien, aunque hay mucho envidioso suelto y yo soy de las que opinan que mejor que hablen de una, aunque sea mal.

— Bueno, yo no he escuchado hablar mal, lo único que dicen que eres un poco polvorilla, vamos que no dejas títere con cabeza, que a Don Jorge lo traes un poco de cabeza.

— Pues sí que vuelan las noticias, eso me gusta —reí.

En ese momento pensé que cuanto más polémica se creara a mi alrededor, menos ganas iba a tener Jorge de tenerme allí, así que eso favorecía mi plan de quedarme mano sobre mano y cobrando.

Ya—parecía que no le salía la voz del cuerpo.

¿Y tú? ¿Qué me cuentas?

Bueno, yo me llamo Ashley y pertenezco al área de contabilidad, apasionante.

¡Y lo había dicho en serio y todo! Yo flipaba. Nada a mí me apasionaba darle por saco a Jorge y a ella los activos y los pasivos, bueno por la pinta que tenía solo había probado pasivos, hice el juego maléfico de palabras en mi cabeza.

Pero a ver, ¿tú qué es lo último divertido que has hecho en tu vida? —me interesé por saber por qué estaba ella así de bajita de moral.

¿Yo? Prometerme con Bernardo, mi novio de toda la vida.

¿Bernardo? ¿Lo había dicho en serio? Otro con nombre hortera, ¿me perseguían últimamente? Casi tuve que aguantar la risa.

¿Y eso es divertido? —No me dieran a mí más tormento que prometerme con alguien, con lo bien que yo vivía, y encima que se llamara Bernardo. Vamos...

Tú sabes, es mi novio de...

De toda la vida, hija mía, eso ya lo he escuchado, ¿pero a ti te gusta?

A mí claro, mujer...

Ah vale, es que no te veo yo muy convencida.

Bueno tú sabes, es que después de tanto tiempo a lo mejor tampoco es ya como al principio, pero yo le tengo mucho cariño, no sé es lo que toca...

Lo que me estás tocando son las narices, vamos te lo voy a decir clarito, que tú te casas porque es lo que se espera de ti, pero que a ti tu novio no te pone ya nada de nada, ¿o me equivoco?

Bueno, mucho, mucho, no te equivocas.

Enséñame una foto que yo le dé el visto bueno.

Mira es este —sacó su móvil y no sé cómo no se partió la pantalla.

¡El coco, es el puto coco!

¿En serio?

Hombre claro, ¿no lo ves? Si el tío es más feo que un pie.

¡Jo!

Ni jo, ni ja, tú estás acarajotada. Mala suerte que está sonando el teléfono, que debe ser un *poltergeist* porque aquí no suena nunca, pero ya hablaremos tú y yo... —me dirigí a la recepción.

Ya, ya te contaré es que Bernardo le gusta mucho a mi madre...

Pues eso está genial, ¡que se case ella con él! —exclamé mientras iba para el teléfono.

La charlita con Ashley me sirvió para quitarle un pedacito a la dura jornada laboral. Es que vaya si era duro eso de currar...

Ya estaba lista, cinco minutos y llevaría el cuadro al coche para después ir a escuchar cómo intentaba engañarme para reconducir una situación que no iba a conseguir frenar. El caso era que le iba a dar para el pelo ¡Sería por estrategias!

— ¿Vamos? — preguntó dándome un susto, ya que no me lo esperaba.

— ¡¡¡Ay!!! — grité con todas mis fuerzas poniéndome las manos en el pecho.

— Perdón — dijo en tono preocupado.

— Nada, pero la próxima vez avisa — ladeé la cabeza a modo de regañina.

— ¿Te llamo por teléfono?

— No, haz un carraspeo o algo por el pasillo — aguanté la risa, anda que no le iba a dar yo nada a este.

— El lunes emitiré un comunicado para que todos antes de pasar por recepción emitan un carraspeo — se notó que aguantó la risa también.

— Pues va a parecer esto una clínica de neumología con todos carraspeando — hice un gesto de irnos con mi cabeza mientras descolgaba el cuadro.

— ¿Me llevas el finde? — se refirió al cuadro.

— Claro y te pongo en la cabecera de mi cama. Soy una trabajadora que adora a su jefe — señalé hacia el coche avisando que iba a guardarlo.

Me esperó a pie de esas escaleras viendo cómo lo metía en el asiento trasero.

— Ahí te dejé en el asiento de atrás, en tu otro universo paralelo— fingí una sonrisa de lo más irónica. Entramos al restaurante y nos sentamos en una mesa de la terraza.

— Pues creo en esas cosas, además a veces sentí como que viví dos realidades diferentes.

— Ahora sí, dime qué fumas, pues debe ser muy bueno — reventé a reír con una mano en la barriga y otra en la boca.

— Te hice reír — levantó la copa que nos habían acabado de servir. Es más, nos vieron entrar y ya la tenían preparada en la mesa, la había encargado seguro.

— Me llevas haciendo reír desde el lunes — negué riendo.

— Pues yo no puedo decir lo mismo — arqueó la ceja causando en su cara un aire de lo más sensual.

— ¿Y eso?

— Me lo has puesto muy difícil y lo sabes.

— Hombre, si me has traído a invitarme a una copa de vino con un poco de queso, jamón y lo que ahora nos pongan, para decirme que he sido la peor empleada de la semana, te lo puedes ahorrar. He sido un amor, te he puesto en primer plano, joder, ni que fueras el Dalai Lama para colocarte por encima de mi cabeza y encima te lo tomas a mal ¿Tú lo ves normal?

— Ese cuadro no procedía ahí y lo sabes.

— Es mi recepción, todos tenéis despacho salvo yo, qué menos que pueda poner mis cosas como los demás. Imagino que no quieres discriminar mi puesto, imagino — levanté un poco las palmas con gesto de darlo por hecho.

— Empecemos...

- Pues vas con cinco días de retraso, Juan.
- Eso, menos mal que ya te aprendiste mi nombre — dijo con ironía.
- Desde el primer momento — ladeé mi cara hacia el hombro.
- Me gustaría que reinara la cordialidad entre nosotros y te pediría por favor que esa foto no sea la que ocupe tal lugar. Puedes poner un paisaje bonito, una ciudad, una playa, una montaña, pero mi cara no, por favor.
- Joder, con lo bonita que quedaba, Juan.
- Vamos a hacer una cosa, si durante la semana dices bien mi nombre y no fallas ni una sola vez, prometo que te doy un sobre con un plus semanal.
- ¿De cuánto estamos hablando?
- ¿Cincuenta euros?
- Por eso ni me como el coco en pensar cómo te llamas.
- Vaya, te podría dar quinientos, pero me tendrías que hacer de acompañante todos los fines de semana — carraspeó bromeando.
- ¡Hecho! ¿Empezamos hoy?
- Hombre, no me importaría, pero precisamente esta semana me has llamado de todo menos Jorge.
- ¡Juan! Que te lías — dije haciéndole un gesto con la mano.
- Da igual, si, aunque te dé un cheque en blanco no lo vas a conseguir — rio mientras negaba sabiendo que lo iba a tener muy difícil.
- A todo esto... ¿Para qué me has citado aquí? — me hice la intrigada.

- Para intentar acercar posturas, volver a empezar, quiero creer que puede reinar la armonía entre nosotros. Es más, estoy dispuesto a darte un puesto mejor.
- Ah no— levanté las manos — no me saques de ahí pues me da algo, a mí me dejas en mi recepción que, si no, echo a arder las bodegas, las oficinas y hasta los viñedos, no me la juegues — le señalé con el dedo. Vamos ni de coña, con lo bien que estaba yo ahí relajadita, a mi ritmo...
- Vaya, necesitaba una secretaria — se hizo el interesante.
- Pues ya sabes, a hacer entrevistas — sonreí.
- ¿Segura?
- No lo sabes bien — reí con aire chulesco.
- Entonces ¿Fumamos la pipa de la paz?
- Pero a ver, Juan, te prometo que a mí no me pasa nada, todo es desde mi absoluto cariño. Eso sí, debes tomar la vida con calma, no puedes ir sacando el dedo por doquier — notaba cómo negaba dándome por imposible.
- No sabes cuánto me arrepiento.
- Me alegra saberlo. Y, además, te prometo que el lunes apareceré con el cuadro con otra imagen que no sea la tuya.
- Te lo agradezco en el alma — su tono amable, pero por dentro seguro que se estaba cagando en mi madre. Lo que no sabía era con lo que iba a aparecer, a este le volvía a dar la semana como Sara que me llamaba.

Lo notaba más relajado de lo que esperaba, pero se desesperaba un poco con mis cosas. Lo podía ver en su cara, quería tener el control, pero estaba un poco perdido, este no sabía lo difícil que lo tenía conmigo, hasta me daba pena el chaval, pero lo de “enchufada” no se lo iba a perdonar en la

vida.

Eso sí, le había prometido memorizar bien su nombre y no equivocarme...

Tras la comida me propuso tomar unas copas allí mismo. Por supuesto acepté, era viernes y mi cuerpo lo sabía, además quería conocer más de él, cogerle más puntos débiles, era imprescindible para saber dónde darle.

Bueno escúchame, que lo tenga claro, ¿y cómo fue la negociación del pedazo de contrato de este bellezón? —me señalé a mí misma—Supongo que estarías entusiasmado con la noticia.

Hombre, cómo no. Si hay algo que me guste en el mundo es que me pongan entre la espada y la pared, vamos que me pidan las cosas por cojones en vez de por favor—ahí le salió una bocanada de ironía de la buena, pero la acompañó de una sonrisa.

Claro que sí, así sabe hacer mi abuelo las cosas, con clase—ahí la llevaba—¿A quién voy a salir yo? —pregunté.

Pues mira, la verdad es que no sé a quién saldrás—le salió la risilla—Entre otras cosas porque no sé con quién comparar. Yo a tu abuelo no lo conozco.

¿En serio? ¿No conoces al abu? —me salió mi vena pija— Bueno, bueno, pues te has perdido lo mejor, mi abuelo es total, por donde pasa...

Como sea como la nieta, por donde pasa no vuelve a crecer la hierba, igual que Atila—apostilló con gracia.

¡Mira el jefe lo salado que está hoy! Menos lobos Caperucita, que tú también tienes lo tuyo...

Ya, ya, pero es que lo me ha entrado por la puerta no ha sido ni medio normal, reconócelo...—volvió a sonreír.

Yo no voy a reconocer nada si no es en presencia de mi abogado y además no has visto nada, he sido muy benévola contigo. Ni la punta del iceberg, vamos...

¿Benévola? Si parece que ha azotado la bodega un huracán. Se me ha hecho la semana más larga...—argumentó.

Paparruchas y no me seas quejica, que un jefe tiene que aparentar, lo de blandengue no mola.

¿Ahora soy blandengue por querer enterrar el hacha de guerra? —hizo el gesto de que se daba un tiro en la sien.

No hombre, por eso no, por tu actitud en general...

Ah, pues entonces ya me lo pones mucho mejor—hizo como que dejaba los ojos en blanco.

Y es que claro, yo o la ganaba o la empataba: una de dos...

Mientras yo hablaba notaba que me miraba mucho los labios. Ya sabía que tenía una dentadura blanca y perfecta, con unos labios de lo más jugosos, pero es que era demasiado cómo clavaba su mirada en ellos. Al final iba a resultar que lo iba a tener hasta en el bote ¡para morirse!

Intentaba aparentar ser amable, simpático, risueño, pero detrás de todo eso había un objetivo claro, que yo parara de dar por saco y tirirí, que se lo había creído él, pero fingiría, me estaba poniendo todo por delante y era ya fin de semana así que me iba a aprovechar.

Y las copas llevaron a la cena, cómo no, ahí seguíamos y él no tardó en pedir unos platos de lo más selectos.

Yo continuaba con mi ironía y él como que me seguía el rollo, era un juego aquello, pero la que iba con ventaja y a ganar era yo.

Pues mira, Juan, al final tengo que reconocer que me lo estoy pasando bien y todo, para que luego digas que si me vas a tener que pagar y que si tal y que si pascual... — mira que prometí no cambiarle el nombre, pero eso era para la semana siguiente.

Es lo que tiene el acercamiento, Romelia...

Bueno, bueno, tanto como acercamiento, no sé yo qué decirte...

De posturas, mujer, acercamiento de posturas, no me malinterpretes...

Vale, Juan, pues es que tienes que afinar un poco porque si no, no se te entiende y claro, si un empleado no entiende al jefe, al final tendrá que dejar el trabajo sin hacer.

Claro, claro, no porque no le ponga empeño la empleada en cuestión, sino porque yo no sé explicarme—sonrió.

¿La empleada? ¿Y por qué no el empleado? ¿Estás pensando en alguien en concreto? Mira que yo no puedo ser más eficiente...—reí.

Claro, claro...—se contagió de mi risa.

A tiritos no había quien nos ganara, pero de buen talante, que no pareciera que la guerra seguía declarada.

Nos despedimos en la puerta de mi coche hasta el que me acompañó a media noche, agradeciéndome la tarde que había pasado con él y esperando que a partir del lunes hubiera un nuevo comienzo entre nosotros. Le prometí que sí, que intentaría cambiar mi actitud, lo que ignoraba era que podía ser a peor ¡La que le había caído!

Llegué a mi casa y me fui directa a la cama, ya no podía más, estaba agotada y el día había sido largo...

## Capítulo 5

El sábado por la mañana me desperté y bajé a hacerme mi cafelito.

Buenos días—soltó a regañadientes mi padre, no fuera a ser que gastara demasiadas palabras y aquello se convirtiera en todo un dispendio.

Buenos días nos dé Dios, Don Enrique—le di una pequeña lección sarcástica de que se podía estirar un poco más.

No tardó en salir de la cocina. Eso sí lo tenía. La inteligencia le daba a ese hombre para entender que era bastante violento estar los dos solos sin hablarnos, así que salió de allí como alma que lleva el diablo.

¿Hija le has dicho algo a tu padre? —allá que llegó mi madre, que yo no sabía de quién era el título porque él sería abogado, pero ella era como Santa Filomena, la abogada de las causas imposibles.

Sí, mamá, le he pasado el parte del día, será por lo mucho que nos hablamos.

Hija, pues esto lo tendremos que solucionar algún día, que bueno está lo bueno ya...

Sí, mamá, pero a mí no me taladres, que yo me meto en la buhardilla y no le doy lata a nadie.

Ya, cariño, pero no es plan...

Pues díselo a mi padre, llévatelo de crucero y que se relaje o algo....

A ver, que yo a mi madre la entendía, para la mujer era un peñazo que fuéramos tres gatos mal contados en casa y dos no nos habláramos, pero yo había aprendido con mi padre eso de que en boca cerrada no entran moscas...

Después de desayunar yo tenía una misión y pensé que lo primero era cumplir con mi obligación. Me fui a la tienda de impresión donde me habían hecho el póster de mi jefe y aproveché el marco,

pero cambié la imagen. Yo era muy bien mandada y tenía que reconocer que me había pasado un poquito con lo de su foto. ¡Objetivo cumplido!

A la hora de almorzar me fui al club de pádel, porque lo de las comidas de los fines de semana en casa las llevaba un poquito regular, por eso de la actitud tan dicharachera de mi padre.

El caso es que me había dicho que estaría allí mi amigo Nacho, que era un encanto, gay y de lo más salado. Eso sí, pijo para todas sus muelas, como ya podéis imaginar.

Sarita, estaba deseando verte.

Y yo, petardo.

Mírala, ya me está despeinando—me encantaba hacerlo rabiarse así.

No me seas quejica, anda.

¿Qué es de tu vida, cariño? Estás ideal, deja que te vea, no puedo creerme que hayas empezado a trabajar. Desde luego no se ve que te exploten...

Ni que lo intenten, que arde Troya. Esta noche salgo con Yeya, ¿te apuntas?

No, tengo torneo todo el fin de semana y necesito estar descansado.

Desde luego, más milimetrado y no naces...

El deporte requiere concentración, monada, que este cuerpazo no me ha caído del cielo...

Ya lo sé, pero también hay que darle un poco de alegría, que si no se atrofia...

¿Y crees que no se la estoy dando? Tengo un nuevo chico... Ya te contaré.

¿Sí? Bien calladito que lo tenías, bandido...

Bueno, es que las cosas llevan sus pasos, es un poco complicado.

¿Complicado? Pues entonces espero que por lo menos esté rematadamente bueno.

No diría yo tanto, pero es que tú sabes que yo valoro mucho la inteligencia, también veo mucho atractivo en ella.

Pues yo no te digo que no, pero, por muy inteligente que sea, si el tío es feo con agonía, lo es, no me jodas...

Hija mía, dicho así, a ver si te crees que estoy saliendo con un tío más feo que Picio....

Ah, yo qué sé, no lo conozco...

Me tuve que reír con él y quedamos en que ya me presentaría algún día a su chico. Nos despedimos en esas. Me fui pensando que yo tenía que ser muy sibarita, pero a mí, para que un tío me gustara, tenía que estar bueno no, sino lo siguiente.

Después del almuerzo me acerqué a una pastelería, a por unas trufas que le encantaban a mi madre y pensé en llevarle una. Claro, al final cogí dos, porque por muy sequito que estuviera Don Enrique era mi padre, eso sí, ya haría notar mi descontento. Yo me tomé otra por el camino.

Llegué a mi casa y no estaban ellos. Dejé las trufas en la cocina. Les hice dos banderines, con un palillo de dientes y un *post-it*, uno para cada uno. En el de mi madre puse “para mamá”, en el otra puse “para quien la quiera”. Y así me fui a ducharme, tan contenta.

¡Hija, gracias! —escuché que decía mi madre cuando llegaron.

Sí, gracias por el cariñoso mensaje, hija—soltó también mi padre con tono irónico. Al menos ya se iba dirigiendo a mí, aunque fuera para reprocharme.

Nada, papá, es lo menos que te mereces—le solté.

Con mi musiquita de fondo, buena musiquita, yo ponía la buhardilla como una discoteca, me empecé a arreglar.

Hija, que dice tu padre que si no puedes poner la música más alta...

Ahora mismo, mamá—y claro, lejos de bajarla, la subí. ¿No era lo que me había dicho?

Sara, ¡no tengas guasa! Que a tu padre no le gusta la música que pones, hija... Y menos a ese volumen...

Ni a mí la gregoriana que pone él, mamá...

No es gregoriana, no digas tonterías...

Pues es igual de aburrida y yo no digo ni mu....

Salí de allí asfixiada. ¡Vaya machaque mental! Entre el estrés del trabajo y mis padres, que se ponían de lo más muerdo, no le deseaba mi semanita ni a peor enemigo... ¡Qué dura era la vida! Lo mismo miraba de apuntarme en pilates o en yoga o algo, para canalizar mis emociones...

Llegué al restaurante en el que había quedado con Yeya. Fui en taxi, porque no faltaba más que me quedara sin carnet, ¡los currantes no nos podíamos permitir eso!

¡Ay, por favor, si vienes ideal! —se levantó mi amiga que ya estaba en la mesa.

Gracias, preciosura. Tú también. Nos dimos dos besitos así en los cachetes, como de lejitos y me desparramé en la silla, todavía estaba reventada de la semanita...

¿Ese vestidito es el que te compraste el otro día?

El mismo.

Te hace un tipín, bueno qué tontería, el que tú tienes—rio ella haciendo un gestito de complicidad con la mano.

Pues claro que sí, tonti, el mismo que tú.

Eso está claro, que damos una patada y la cola de los tíos da la vuelta a toda la manzana, si nos da la gana.

*Yeah....*

Yo me había puesto un vestido de una de mis firmas preferidas, una monería en blanco con dos volantitos, de lo más corto y que me hacía un culito respingón monísimo. Lo llevaba con unas sandalias altas con un toque desenfadado que lo complementaba genial.

De la cena nos fuimos al pub de una amiga de Yeya, Daniela, la heredera de un imperio de negocios de restauración de la ciudad, que siempre nos reservaba entradas para todos los eventos que celebraba.

Esa noche daba una fiesta con bolos de famosos que acababan de salir de un *reality* y el local estaba que era una pasada de gente, allí no se podía ni respirar.

No veas la estrechez, Sara.

¿Me lo dices o me lo cuentas? A mí el próximo que me dé otro magreo en el culo y después se haga el tonto pidiéndome disculpas, se lleva la hostia del año.

Relájate, mujer que es que la noche los confunde.

Pues verás lo pronto que los aclaro yo a cachetadas.

Mira, ¿te has fijado lo monísimo que son aquellos dos del rincón? Y no nos quitan ojo de encima...

Yo no veo ya nada, pero si tú dices que están potables, lo están...

¿Potables? Esos dos deben tener el abdomen como un lebrillo de fregar de los antiguos, de lo definidos que están...

En esas estábamos cuando se nos acercaron los dos pijos en cuestión.

Hola, yo soy Tino y mi amigo es Bosco, ¿y vosotras?

Nosotras Yeya y Sara.

¿Como Sara Carbonero?

No, pero casi, Sara Carmona, que también tiene mucho caché.

Eso no lo dudamos, hemos venido en flechados porque sois dos bellezones increíbles.

Hombre claro, pero eso no hace falta que lo digáis vosotros, eso ya lo sabemos...

Eso, eso—apuntilló mi amiga lo que yo acababa de largarles— ¿Y qué más?

Los pobres se miraban el uno al otro, debían estar pensando que anda que no teníamos abuela, pero es que a nosotras nos encantaba el rollito de darles caña...

Bueno, pues que no solo sois guapas, sino que tenéis un tipo de infarto—soltó Tino.

Sí, sí, y un estilazo, un estilazo total—añadió Bosco.

Bueno, bueno, ya por ahí vais mejor. Ahora solo falta que seáis caballerosos—saqué mi sonrisilla maléfica.

¿Qué queréis? —preguntaron.

Dos Puerto de Indias—sonreímos.

Y allá que fueron los dos a complacernos...

¡Joder! Menos mal que han aparecido, porque está la barra como para acercarse—soltó mi amiga.

Vamos, ni de coña, el local lleno de maromos y tú y yo haciendo cola, ¿en qué mundo vivimos? —concluí.

Por cierto, ¿qué te parecen en las distancias cortas? —me preguntó.

Muy monos. Yo me agenciaba a Tino, fijate, ese aire medio pelirrojillo que tiene me mola tela. No he estado nunca con uno de esos colores.

Hija mía, pues será lo único que te falte por catar, uno de esos colores, porque por lo demás ya los has probado de todos los estilos... Y de todos los calibres, tú ya me entiendes...

Claro, joder, yo nada más. ¡Serás guarri! Ahora me vas a decir que eres la madre Teresa de Calcuta.

No, no, si yo también. Y, además, a mí me gusta Bosco, con ese pelazo negro...

Pues listo.

Así como un cuarto de hora tardaron los chicos en volver con las copas y mi amiga y yo fingimos que no los conocíamos.

Aquí las tenéis—sonrieron.

Perdonad, os habéis equivocado. No os conocemos...

Chicas, que somos nosotros—se miraron desconcertados.

En serio, nos habéis confundido. Estamos esperando a nuestros novios, no os lo toméis a mal, pero que no queremos malentendidos, son un poco celosos...

Los chicos se quedaron alucinados. Es que no sabían ni a qué carta quedar. Se miraban, nos miraban, miraban las copas...

Pues nos las bebemos nosotros y listo—sentenció Tino haciendo un gesto como de que dos eran mejor que una.

Eh tú, no seas tan listo. Mi copa—me eché encima de él y los dos empezaron a reírse.

¡Vaya dos piezas! Os habéis quedado con nosotros...

¡Eso quisierais vosotros! —les vacilé claramente—¡Que nos quedáramos con vosotros!

Jo, ni haciendo méritos un cuarto de hora en la cola, ¿eso no cuenta? —Bosco puso cara de pena.

Bueno, por ahí os vais a salvar... En un ratito os dejamos que nos vayáis por otras dos...

Pero seréis...

Los cuatro nos echamos a reír y los chicos nos dijeron que les teníamos que dar un piquito en agradecimiento. Y como nos pareció que estaban más buenos que el pan les hicimos caso.

Nada, un piquito, mucha fiesta y alcohol que nos salía por las orejas, eso fue lo que tuvimos esa noche en la que los chicos no se separaron ni un momento de nosotras...

A decir verdad, no pudimos estar mejor acompañadas porque no eran tipo baboso ni iban a saco ni nada parecido, todo lo contrario. Eso sí, lo pasamos fenomenal, bebimos hasta que nos salió por las orejas y bailamos con ellos hasta que los pies nos dolieron a rabiar. ¡Y *selfies* nos echamos más que los de los bolos! Solas, con ellos...

Cerramos la discoteca y todavía nos sobraba marcha. Los chicos se habían interesado por nosotras y nos dijeron de intercambiarnos los teléfonos para otro día, además de que nos preguntaron por nuestro lugar de trabajo y por muchos datos de nuestra vida.

Inclusive se ofrecieron a que compartiéramos taxi de vuelta y nos dejaron primero a mí en mi casa, que nos cogía más a mano, y luego a Yeya.

Entré de puntillas porque a Don Enrique le jodía cantidad que hiciera ruido al llegar a casa y yo tenía cualquier cosa menos el chichi para farolillos. Caí a plomo en la cama, inclusive me parece que ya iba dormida antes de poner la cabeza en la almohada.



## Capítulo 6

¡Joder! —me metí yo sola un susto de muerte cuando me vi reflejada en el espejo a la mañana siguiente. Parecía un mapache, pero un mapache desteñido, ¡mandaba huevos!

El asunto es que ya tuve que llegar como una cuba la noche anterior para no hacerme mi ritual de limpieza de cutis, ¡con lo que yo me cuidaba! Di hasta un salto para atrás. El rímel se me había corrido hacia el mentón y la novia cadáver parecía que venía de unas vacaciones en Honolulu a mi lado, de la mala cara que me veía.

Todavía no me había recuperado cuando...

¡Mamá! Que me has asustado, por favor llama a la puerta antes de entrar...

Hija, si llevo un rato desgañitándome y no hay manera, ya he tenido que subir.

Es porque estaba dormida, me acabo de levantar.

Ya lo suponía, ¿qué te ha pasado en la cara?

Daños colaterales, ahora me pongo manos a la obra y le doy un chute de vitamina C, de arcilla blanca remineralizada y de almidón de arroz.

Vamos, que te vas a poner mi mascarilla—se encogió de hombros.

Eso es mamá y ve comprando más que al ritmo que la gastas, necesitamos repuestos.

¿Al ritmo que la gasto yo? ¿Se puede tener más cara? —rio.

Bueno, tú, yo, da igual...

Sí, sí, dará igual, pero la compro yo—negó con la cabeza.

Claro, para eso disfrutas viendo a tu hija con la piel tan luminosa, ¿o no? —yo era una embaucadora profesional.

Ve por ella, anda, está en mi dormitorio...

¿Y Don Enrique también está? Porque si es así prefiero que me la traigas tú.

No, él está en la cocina, pero cualquier día os voy a leer ya bien la cartilla a los dos, que me estáis tocando la moral con el temita.

La ofendida soy yo, cuando quiera aflojar que afloje, ya lo sabes.

Bueno hija, no vamos a discutir porque es domingo y...

Y porque no sabes lo que me puede doler la cabeza, me voy a tomar un Ibuprofeno de esos del tamaño de una rebanada de pan, vamos en el que pueda untar paté y todo—hice por reír y las sienes me martilleaban.

Cariño, pues el caso es que había subido por si te apetecía venir con nosotros a la hípica...

¿A la hípica? ¿Y por qué no vamos a ver monasterios capuchinos? Mamá, pues anda que me ofreces unos planes divertidos y encima con Don Enrique, deja, deja, un coche no tiene espacio suficiente para la mala baba que se respira cuando estamos juntos.

Pues él, en el fondo, te agradeció mucho ayer el detalle de la trufa....

Pues sería muy en el fondo, porque lo disimuló estupendamente...

Imposible, esto vuestro se está convirtiendo en una misión imposible, cualquier día voy a formar una pataleta y se acabó todo.

Venga mamá, pasadlo bien...

A mí se me daba genial esquivarla cuando la aguja se ponía mareada. A ver, que yo podía entender perfectamente que lo llevara mal, pero no podía hacer nada...

Escuché el amoroso “hasta luego mi preciosa hijita” de Don Enrique, huy no, que me he

equivocado, más bien escuché un portazo de la puerta principal y ni por ahí te pudras y ya me quedé sola, cosa que agradecí porque la cabeza me dolía tela.

Bajé, arrastrándome como una culebra y casi me caigo encima de la cafetera. Todavía sentía náuseas y la conversación con mi madre no había ayudado, aunque yo solía disimular para que no me diera demasiado la chapa por haber bebido.

Me tomé mi cafelito y, como si fuera un preciado tesoro, ese pedazo de Ibuprofeno que si hubiera sido redondo lo hubiera podido llevar rodando hasta la mesa.

Empecé a pensar en lo ocurrido la noche anterior y apenas recordaba nada. Sí, los dos aquellos chicos tan monos, graciosos y atentos, Tino y Bosco, con sus tonos de pelo tan distintos y su sonrisa perfecta, pero poco más...

Miré el reloj y eran las doce de la mañana, ¡si es que no se podía madrugar tanto! Así estaba de cansadita, tanto que cuando me quise dar cuenta me había dormido sobre la mesa de la cocina. Volví a mirar el reloj y habían pasado dos horas más.

Me levanté y me di una ducha, sin mascarilla y sin nada. Llamé a Yeya.

*Amore, ¿me das hoy refugio político antes de que venga Don Enrique y me dé el día?*

Claro, tontuela. Vente, que tengo un marisco que vas a flipar. Yo me acabo de levantar.

Venga, pues ya soy aquí un holograma, ve abriendo la puerta que llego.

Y dicho y hecho. Veinte minutos después estaba en su casa.

¡No puedo con el resacón, te lo juro por la cobertura de mi móvil! —le comenté.

Ni yo, tú tranquila que hoy nos vamos a hartar de comer, de tomar el sol y de hacernos tratamientos de belleza.

Eso, eso, que anoche no me desmaquillé y no me ha dado tiempo, me iba a poner ahora una mascarilla de mi madre.

Yo tengo una que es un tratamiento revolucionario, vas a flipar de cómo te deja la piel. Por cierto, estaba pensando y me acuerdo cero de anoche, tuve que llegar muy borracha.

Pues yo te iba a preguntar a ti, me acuerdo un mojón despeinado, vamos nada. Solo de que eran dos chicos muy monos e ideales.

Suficiente, ¿te imaginas que nos hubiéramos sacado *selfies* con unos feos?

Para eso no teníamos que ir pedos, teníamos que estar a punta de pistola—reí y me arrearon otro martillazo en las sienas.

Pasé el día con Yeya en su jardín, tomando cócteles sin alcohol, degustando una impresionante mariscada y poniéndonos al día de toda clase de chismes.

Por la noche no me recogí demasiado tarde, pues yo era de lo más responsable y había que afrontar la dura semana laboral, que inauguraría con cuadro nuevo. Lo único que esperaba es que este tuviera más éxito, ya se vería...

## Capítulo 7

En el coche, lista para afrontar ese lunes otra intensa jornada laboral en la que volvería a dar lo mejor de mí, como siempre, en mi línea.

Salí del coche con mi cuadro bajo el brazo, ese sí que molaba, aquello iba a ser a lo “*Falcon Crest*”.

— Buenos días, guapetón — le dije sonriente a Jacinto, aquella semana estaba dispuesta a ser de lo más amable.

— Buenos días, me gusta cómo vienes hoy...

— Estoy guapa ¿A que sí?

— También — sonrió un poco a desganadas — Pero me refería a tu actitud...

— Esa siempre la llevo brillante ¡Soy toda buena vibra!

Colgué el cuadro, una imagen de hacía cuarenta años cuando mi abuelo compró las tierras y fue haciendo de ellas todo un imperio. Así que ahí estaba el fundador de aquello, en una fotografía que era una reliquia.

Lo que más me gustaba de aquel lugar era su aire de grandeza...

Conforme se entraba a las tierras por una enorme y majestuosa verja de hierro se encontraba, al frente, un edificio largo con las oficinas; al lado izquierdo, la zona de restauración con cafetería, comedor y barra de bar. Por último, detrás, un impresionante jardín donde muchos visitantes paraban a comer. Además, teníamos una tienda al otro lado donde se vendían todas las clases de vinos que producíamos en las bodegas situadas a la espalda, a la izquierda. A la derecha, el cortijo donde vivieron mis abuelos hasta hacía poco más de un mes que también vendieron a Jorge y que él mandó remodelar para habitarlo.

Kike pasó riendo, mirando la foto.

— Buenos días ¿eh?

— Buenos días, Sara — soltó marchando sin preguntar nada, aunque imagino que por la imagen captó que aquellas era las tierras, pero muchos años atrás.

Fueron pasando todos, el último en llegar fue Jorge que puso una cara de asombro impresionante, pero nada de mal rollo.

— ¿Tu abuelo?

— El mismo que viste y calza — sonreí.

— Qué estilazo de foto, me encanta — su rostro reflejaba serenidad, uniendo sus labios y echándolos hacia abajo.

— Tienes ante ti a la empleada con mayor gusto de la empresa.

— No lo dudo — sonrió marchando hacia su oficina.

Pues mira había fingido muy bien ¡Casi me lo creo!

Ashley llegó cabizbaja como siempre. Se incorporó la última, pero a su hora, no le podía reprochar nada. En cualquier caso, ahí iba a estar yo pendiente a todos, para eso tenían que pasar por mi puesto de mando.

— Levanta la cara, los hombros y sonríe ¡Vamos! No me vengas así que me enfado.

— Vale — sonrió avergonzada y se fue para su puesto.

Kike apareció, pues iba para la parte de la tienda.

— Una cosa, el jefe me comunicó que os informe a todos de que el viernes por la tarde/noche se celebrará en la zona de los jardines del restaurante una fiesta de bienvenida a la que estamos invitados los nuevos integrantes del equipo de la empresa.

— Vamos, nuevos somos todos, finiquitaron a todos los antiguos — reí.

— Pues eso ¿Contamos contigo?

— ¿Y qué tendría de divertida la fiesta sin mi presencia?

— Es verdad, vaya pregunta la mía, te espero el viernes — sonrió.

— ¿Me puedo ir ya hasta entonces?

— Anda, anda, lo que me faltaba por oír — se fue riendo.

No había colado, qué lástima, lo que no me podía ni creer es que Jorge no me lo hubiera venido a comunicar en persona. Yo era la integrante añeja de la empresa por la parte tocante a mi abuelo. Merecía un trato más exclusivo y personal.

Me dirigí a su oficina y llamé a la puerta, un “adelante” me dio la autorización para abrir la puerta.

— Hola, guapa ¿Algún problema?

— En absoluto, ya eres conocedor de que mi trabajo lo tengo de lo más controlado. Venía a confirmarte mi presencia en la fiesta del viernes.

— Maravilloso, no esperaba menos ¿Un café?

— Claro.

Se levantó y nos fuimos hacia la cafetería.

— Entonces ¿Bien con la fiesta?

— Claro, pero me debiste comunicar tú mismo la celebración del evento — hice un gesto con la cara a modo de riña.

— Para eso tengo a Kike — sonrió — él se encarga de comunicar todas mis decisiones.

- Ah, pensé que no era una más de la plantilla por lo de llevar en mis venas la sangre del fundador de este imperio — solté como con tristeza, en mi mejor papel.
- Perdón, viéndolo así tienes razón, pero se me fue de la cabeza.
- Tranquilo, te perdono, no soy rencorosa.
- Gracias, muy amable — me seguía la corriente.
- Pues ya estoy pensando en el modelito que me pondré tipo alfombra roja.
- Tampoco hace falta tanto, con añadir un poco de elegancia...
- Yo un poco no puedo, o mucho o nada — cogí la taza de café.
- Ah vale, seguro que impresionas como siempre — hizo un leve carraspeo mientras me miraba fijamente casi taladrándome.
- Ni lo pongas en duda — reí poniéndome la mano en la boca.

Estuvo comentándome un rato los cambios que quería hacer allí, ampliar un poco más la nave de la venta al público y similares, tampoco me enteré demasiado. Había que reconocer que el negocio marchaba bien y además se exportaba mucho, cada día salían camiones y camiones de las bodegas.

Volví a mi puesto de trabajo donde me puse con esos expedientes y cómo no, a arreglarle las uñas. No soportaba que estuvieran un milímetro mal, estaba obsesionada con el hecho de que lucieran perfectas en todo momento.

A la hora de la salida me fui a buscar a Yeya para almorzar por ahí. Ya teníamos ganas de empezar a disfrutar de esos primeros rayos de sol intensos propios del mes de junio, en el que estábamos.

- ¿Has visto el último modelo de móvil que anunciaron hoy para comercializar dentro de dos meses? — soltó montándose en el coche.

— ¡No!

— Pues ya me encargué uno.

— Desde luego que bien que te acordaste de mí — resoplé mientras conducía.

— Lo mismo que tú de mí — rio.

— Mira más vale que calles, que serás rica, pero tienes muy poca vergüenza...

— Aquí la que está revestida de santidad eres tú, Santa Sara.

— Si fuera rica yo te hubiera comprado un casoplón como el mío — le di en la yugular.

— Tira para adelante que aún cobras — me dio una colleja.

— ¡Auch! Todo con tal de no repartir ¡Mala amiga!

Llegamos a una plaza del pueblo de al lado que era la caña. Siempre había ambiente en esa época fuera el día que fuese. En invierno solo los fines de semana.

Ese pueblo creció de la nada, lo comenzó a levantar un constructor comprando lo que quedó de una pequeña población en ruinas donde ya no vivía nadie y se encargó de fundar un pueblo con mucho estilo, plagado de urbanizaciones y calles inmensas donde había infinidad de casas y locales. Pero lo más llamativo era una plaza rodeada por edificios y debajo gran cantidad de restaurantes con sus terrazas exteriores, una pasada. Todo lo hizo en tres años y se vendió de inmediato, ya que mucha gente quería abandonar la ciudad para marchar a vivir a las afueras.

Habían pasado diez años desde su fundación y posterior instalación allí de pijolandia, así que molaba el ambiente de un lugar donde vivían empresarios, *influencers*, banqueros, notarios, médicos... Sin duda, un entorno muy exclusivo, hasta tenían su propia empresa haciéndose cargo de la seguridad de las calles.

Nos sentamos en una de las terrazas en las que servían comidas caseras, pero vaya cómo las servían, la presentación era digna de foto y a las redes.

Comimos relajadas al máximo y charlando sobre el fin de semana, en el que ella tenía unos compromisos sociales y yo comenzaría el viernes yendo a la fiesta de mi jefe.

Tras el almuerzo nos dispusimos a pasear y ver tiendas de lo más elitistas, un auténtico derroche de glamur comercial es el que nos ofrecía la zona.

Me compré dos o tres trapitos de lo más monos y ponibles para el trabajo, si algo tenía claro es que tenía que estar ideal cada día.

A la hora de la cena nos despedimos, ya que mi madre me había advertido que quería que cenara en casa, pues había cocinado las croquetas de jamón y pollo que tanto me gustaban, además de una ensalada marinera.

Llegué y dejé las bolsas en el salón, después las subiría. Entré en la cocina justo cuando estaba poniendo la mesa.

— Dios os bendiga — dije acercándome a la mesa.

— Hija, deja el retintín — protestó mi madre.

— Déjala, ya sabes que no da para más — dijo mi padre sin quitar la vista de las noticias de la tele que colgaba del techo de la cocina.

No contesté porque no quería parecer que le faltaba el respeto, pero era para decirle que la mente corta por muy licenciado que fuera era la suya. Pero no, me lo iba a comer y no cagarlo, todo porque la paz familiar reinara en esa cena.

Las croquetas de mi madre eran sencillamente deliciosas, crujían para luego deshacerse en la boca dando paso a un placer del paladar que te hacía gemir.

La ensalada marinera también estaba para matarse, con esos langostinos y salmón ahumado, a cocinillas no la ganaba nadie.

Mi padre no abrió la boca en ningún momento. No despegaba la vista de la tele, ni miraba al plato para coger, se servía al tacto.

Tras la cena me fui a mi buhardilla, me duché, me puse el pijama corto y a dormir ¡Por la mañana me esperaba otro día duro de trabajo!

## Capítulo 8

Menos mal que ya no tenía que cargar con el cuadro para arriba y abajo, me veía matándome con esos taconazos y aquel armatoste bajo el brazo.

— Buenos días, precioso — dije al poco agraciado chico de seguridad.

— Buenos días, guapa — sonrió con una de esas caras raras y poco convincentes.

Fui hacia mi puesto, colgué el bolso y me preparé un café mientras todos iban pasando y yo les levantaba la mano como la reina de Inglaterra. Me encantaba meterme en mi papel mientras sabía que los demás me sonreían envidiosos por lo de que siempre iba radiante y de punta en blanco.

Le hice un gesto a Ashley de que levantara la cara y sonriera. Se sonrojó de inmediato mientras caminaba hacia su puesto levantando levemente su mano a modo de saludo.

Jorge debía haber llegado antes, ya que no lo vi entrar, así que ese que se perdía mi saludo ¿O no?

Me dirigí a su oficina y dos golpecitos en la puerta, debía ver ese modelito que llevaba compuesto por una falda con volantes y la camiseta de escote redondo y mangas cortas, ambos en blanco, el cinturón ancho negro al igual que las sandalias de tacón alto.

— ¿A que estoy de película? — pregunté apareciendo y abriendo los brazos para que me viera bien.

— Preciosa, estás preciosa — me miró sonriente con una cara de lo más seductora.

— Pues hala, ya me has visto, hasta otro momento — salí de allí y me dirigí a mi puesto donde por fin sonaba el teléfono, pero otra vez que no me daba tiempo a cogerlo.

Kike me miró al pasar como indicándome que no lo había cogido.

— Ahora llaman de nuevo — hice un gesto de quitarle importancia.

— ¿Has visto al jefe? — señaló a su despacho mientras andaba hacia él.

— Claro, pero me vio él a mí, ya sabes la que vale, vale — moví los ojos.

— Por supuesto — se llevó dos dedos a la frente en señal de que se iba.

En ese momento apareció Luisa, era del Servicio de Postventas, una muñequita. Parecía nórdica, con su pelo liso y rubio a medio hombro, sus ojos verdes y esa cara dulce que daba la impresión de que no había roto un plato hasta que me vino con un cotilleo y me di cuenta de que era la lengua de la empresa.

— He descubierto un lío de faldas en los despachos — me dijo en tono flojo apoyándose sobre el mostrador.

— Cuenta, cuenta, aquí no me entero de nada, no abren el pico, son todos unos aburridos.

— Pues te cuento — estiró la mano a modo de advertencia— La Marta de Recursos Humanos estaba diciéndole a alguien por teléfono que su jefe estaba buenísimo y que iba a por él.

— ¿Qué dices? — me puse la mano en la boca.

— Pues no creo que el jefe tenga tan mal gusto ¿no?

— No, ni de coña, no lo veo con una persona como esa — soné a indiferencia.

— Bueno, me voy, te mantendré al tanto — dijo como si tuviera una confianza conmigo de toda la vida.

— Eso, me cuentas todo que tenemos que controlar al gallinero.

— Efectivamente, aquí se viene a trabajar — dijo como si lo de cotillear fuera parte de la jornada, en fin, allí el que no corría volaba.

A la tal Marta la iba a tener vigilada en las distancias cortas. Eso de que le gustara Jorge no me hacía ni pizca de gracia, la niña del jefe era yo y que se jodiera el mundo.

Aquella mañana ya estaba yo de mal humor, se iba a enterar la niñata esa que por cierto a la hora

de la salida me regaló una sonrisa y yo le devolví otra en plan mezcla de ironía y asco.

Me había puesto de muy mala leche ¡Me cagaba en mi vida! Tonta la niña esa.

Me monté en el coche y me dirigí a casa de mis adorables padres, esos que tendrían una fiesta esperándome en la cocina.

— Buenas tardes, señores — dije sentándome en la mesa y como siempre mirando a las noticias y mi madre poniéndome ojos.

Ni uno me contestó unas buenas tardes, estaban hechos el uno para el otro, mi madre por ese enfado porque nosotros no nos hablábamos y mi padre con ese rencor que se llevaría a ese paso a la tumba.

Comí y me fui a mi buhardilla ya que ese día no tenía ganas de absolutamente nada, solo de tirarme en la cama y dormir una siesta de esas como Dios manda.

Me quedé bien dormida, pues cuando me levanté estaba hasta la baba por un lado de mi cara y la almohada mojada ¡Qué asco! Pero... ¿y lo bien que había dormido?

Me metí en la ducha y bajé a cenar. Mis padres no estaban, ya que iban a cenar en un restaurante cercano, menos mal que el buen tiempo los iba sacando más a menudo ¡Qué ganas de que se independizaran!

Al fin y al cabo, la única heredera que había en esa casa era yo, pues eso, que me dieran la herencia en vida y se fueran a otro precioso lugar a vivir su historia ¿no? ¡Vamos decía yo! A ver si iba a resultar que era yo la loca ¡Por favor!

Y por fin llegó el miércoles, los días avanzaban lentamente con tanto estrés laboral. De seguir así me iba a tener que pedir la baja psicológica, lo estaba viendo venir.

Entré en plan modelo, además que ese conjunto de pantalón corto, con los taconazos y aquella camiseta de lo más sexy se merecían ser lucidos a lo grande.

— Buenos días, la veo hoy muy segura.

— ¿Hoy nada más? — detuve esos andares y lo miré alucinando.

— No, perdón, siempre, pero hoy un poquito más — hizo el gesto con los dedos.

— Me creía — levanté el dedo y me giré indignadita, andando en plan modelo.

Vi que entraba la cotilla de Luisa y la llamé como a un gato haciéndole un gesto con la mano para que viniera.

— Escucha, atenta a la Marta que me da que esta quiere un ascenso rápido — le dije casi en el oído.

— Pues se va a comer una mierda, ya te informo — dijo indignada.

— Ahí, ahí, que la unión hace la fuerza.

— Te cuento — me hizo un guiño y se fue.

Jorge apareció sonriente y me saludó, iba hablando con Kike así que ni se paró ¡Desagradecido!

Menos mal que yo había sido hábil y me puse delante del mostrador para que me viera bien, saludando con esa manita que tanta elegancia otorgaba a mi puesto de recepcionista ¡El chollo del siglo!

La mañana fue de lo más estresante. Recibí dos llamadas para unas citas que tuve que coordinar con la agenda en la que no tenía ni una apuntada, pero tenían que ser a una hora que no me resultara molesta, ya que recaía en mí la responsabilidad de recibir al cliente y acompañarlo al despacho correspondiente.

Solo esperaba que a partir de ese momento el teléfono no sonara más de una vez al día, de lo contrario me iba a dar algo.

A la hora de la salida Luisa vino nerviosa.

— Te vas a quedar muerta — movía sus manos con rapidez, nerviosa— La Marta fue tres

veces hoy al despacho del jefe y salía de lo más sonriente mientras cerraba la puerta.

— Joder, ¿muchas veces no?

— Ya te digo — en ese momento la miramos mientras salía echándose su larga melena hacia atrás, que por cierto era más fea que todas las cosas ¡Qué focas formas!

— Mírala — dije señalándola con la cara — Y se creará guapa y todo ¡Por favor! Es el anti glamur — mi cara se volvió de asco.

— Asco de pelo...

— Eso estaba pensando, qué melena más descuidada y ¿así quiere que el jefe se fije en ella?

— ¿En quién me tengo que figar? — escuchamos tras de nosotras y nos volvimos con cara de gilipollas.

— Estamos hablando de la nueva serie turca esa que tiene mucho éxito — dije echando balones fuera.

— Genial, yo me voy — dijo Luisa girándose y saliendo por patas.

— Tiene prisa — dije en flojito mirándolo fijamente. Él no entendía nada.

— Ah, vale ¿Te apetece que te invite a comer?

— Claro, todo lo que ordene mi jefe — cogí mi bolso y nos dirigimos a la terraza del restaurante.

— ¿Todo?

— Casi todo, a ver si me vas a pedir algo raro que nunca se sabe que hay detrás de cada persona. ¿No serás un perverso?

— Tienes razón — levantó la ceja con esa sonrisa que ponía cachondo hasta al mismísimo

universo.

Pidió la mejor botella de vino, como siempre, me miraba sonriente y cada vez se le notaba más relajado ¿Cuánto tardaría yo en ponerlo taquicárdico?

En ese momento me acordé de lo de Marta y se lo iba a soltar con sutileza.

— Se dice, se comenta y se rumorea que Marta y tú podríais estar viviendo un idilio, ya que entró en varias ocasiones durante la mañana en tu despacho — no lo había dicho mal, con tacto, mucho tacto.

— ¿En serio? — se echó a reír negando con la cabeza — Qué poco me conocen.

— ¿Y por qué dices eso?

— Nada, nada, que veo que la gente tiene mucho tiempo libre.

— Eso digo yo, en vez de trabajar como hago yo, que no me meto en nada — me encogí de hombros.

— Eso es, deberían seguir el ejemplo de tu constancia y esfuerzo — aguantó la risa levantando su copa.

— Menos mal que te das cuenta, jefe. Por cierto, que se deje la tal Marta de ir mucho por tu despacho que luego la gente habla cosas raras y no podemos prescindir de la buena imagen que das a la empresa.

— Sara... — reía con suavidad.

— ¿¿¿Qué??? Miro por ti.

— Tranquila, todo está bien.

— ¿Tranquila? Pero si a mí me da igual, lo hago por ti que al final va a ser esto mejor que la novela turca, te lo digo yo.

— Tranquila — volvió a decir tocando mi mano por encima de la mesa.

— De verdad, es por ti, me preocupo demasiado por las personas que aprecio — me puse la mano en el corazón para así deshacerme de la suya que me estaba poniendo de lo más nerviosa.

Yo ya se lo había dejado caer. Esperaba que fuera listo y eso, no quería tener que volver a tener la misma conversación de otra manera. Vale que no era mi novio, pero yo lo tenía que proteger contra todo mal.

La comida se alargó al café y luego nos despedimos hasta el día siguiente.

Por la tarde me fui a mi casa a invernar a mi cuarto, así que pasé por el salón donde dormían mis padres, volví a salir sin hacer ruido y me fui hacia arriba hasta la cena.

Los jueves siempre me gustaron un poco, olía a viernes, ese día en el que a cierta hora se esfumaba el estrés laboral hasta el lunes.

Entré con una sonrisa amplia en la empresa saludando a Jacinto, luego fueron pasando todos los trabajadores. A Ashley le advertí de nuevo de la sonrisa y Luisa me hizo un guiño advirtiéndome que estaría atenta a todo.

Esa mañana Jorge no estuvo por las oficinas, ya que tenía algo que hacer fuera. Por supuesto no dijo el qué, para eso era el jefe, pero al menos tenía la tranquilidad de que Marta no estaría dando por saco.

El día fue de lo más aburrido tanto en el trabajo como a la hora del almuerzo en mi casa donde el buen rollo y las sonrisas brillaban por su ausencia.

Aquella tarde me metí en mi buhardilla y desconecté del mundo ¡No podía más! Qué estrés de semana, por favor...

## Capítulo 9

El viernes estaba en mi puesto y miraba al abuelo en el cuadro, ¡anda que no estaba guapo ni nada el tío! Parecía un galán de cine. ¿A quién iba a salir su nieta favorita, o sea, yo? Con ese porte y esa percha, es que me venía de familia...

Abuelo, hoy voy a dejar el nombre de la familia bien alto, ya lo verás—le guiñé el ojo.

¿Con quién hablas? —la vocecilla de Ashley sonó por detrás.

Con mi abuelo, pero ya hablaré contigo que hoy es viernes y te toca terapia—le solté.

¿Terapia? —ella se reía tela con mis cosas...

Sí, terapia, que te veo muy perdida en la vida.

Venga, pues en un ratito me vengo por aquí, a ver si tienes hueco.

Te puedes venir cuando te dé la gana porque lo que es yo tengo hueco a todas las horas.

¿Y cómo lo haces? Yo estoy estresadita, no tengo tiempo ni para echar viento—se fue diciendo.

En ese momento, me puse a mis quehaceres, vamos a observarme las uñas.

Miré y venía de frente Jorge. ¡Madre mía, ese traje de chaqueta no se lo había visto! Su vestidor tenía que ser para recorrerlo en patinete. Y ese maromo que se adivinaba debajo de ese primer botón desabrochado... Estaba que quitaba el hipo.

Buenos días, Sara. Hoy tenemos fiesta—venía de lo más contento.

Buenos días, Jorge. Te refieres por la noche, ¿no? Porque yo en este puesto estoy de fiesta todos los días.

Desde luego que no sé para qué pregunto—se fue riendo y negando.

¡Es que tenía cada cosa! Bueno, bueno, tenía que pensar cómo matar las horas que eso de trabajar era muy sacrificado. Me puse a revisar mi móvil. Yeya me acaba de enviar el contacto de la maquilladora y de la peluquera que iban a venir esa tarde a mi casa a arreglarme. Bueno, a arreglarme, a darme unos toquecitos, que yo arreglo no necesitaba ninguno. Estaba fantástica.

Mi amiga me deseaba que lo pasara genial y yo le haría caso. Me generaba mucha expectación esa fiesta que había organizado el macizorro de mi jefe. Le iba a dar para el pelo.

Dos horas después, en las que estuve cotilleando todas las redes de mis amistades y hablando con el cuadro de mi abuelo, al que le contaba que esa iba a ser una noche memorable, vi que salía Ashley.

¿Tienes ese ratito, Sara?

Sí, pero una cosa te digo, como ya no te pongas más erguida y saques pecho, por la gloria de mis antepasados que eran dueños de estas tierras, que te traigo un corsé el lunes y te lo pones.

Es que tienes unas cosas...

A ver, alma de cántaro, ¿tú no estás contenta nunca?

Sí, mujer, si estamos ahí mi novio y yo con los preparativos de la boda...

¿Tu novio, Baldomero?

Baldomero no, Bernardo.

Bueno igual de horrible es. El nombre digo, que tu novio es también un rato largo de feo, vamos que más que feo es incómodo de ver...

Madre mía, pues sí que me lo pones bien—se reía ella.

Bueno, pero vamos a ver, ¿por lo menos es simpático?

Bueno es... no sé cómo definírtelo, un poco quisquilloso.

¿Quisquilloso de “quita esto de aquí que me molesta”?

Sí, más o menos...

Pues estamos apañadas, pero ¿tiene marcha? ¿Es de salir y eso?

No te creas, él es más de sofá y tal, con una peli, palomitas y chuches.

Vale, que está cagado y encima lo que quiere es cebarte, de puta madre.

Mujer, de verdad que eres...

¿Y es cariñoso?

Bueno, así, así—hizo el gesto con la mano— Se agobia si te acercas mucho y eso.

¿Y tú tienes ganas de acercarte? Te daba así—levanté la mano como si fuera a darle una colleja.

Mujer, es mi novio...

Dime por lo menos que te da lo tuyo en la cama.

Bueno, supongo que lo estará reservando para dármelo todo junto, porque mucho no es que me dé, la verdad.

¡Yo me cago en todo lo que se menea! Será que por lo menos tenga una anaconda entre las piernas...

Su gesto no daba lugar a equívocos. Iba a ser que no, que tampoco. Yo me moría de la risa, ¿qué puñetas tenía el feo ese?

Vamos que por tu cara veo que un mojón, que en vez de una buena herramienta tiene un lápiz del Ikea.

¡Qué cosas tienes! Tampoco he comparado tanto, pero que...

Que ya me ha quedado claro y ya sé dónde está el problema.

¿Problema? ¿Qué problema?

El que tienes en las gafas, ¿cuánto tiempo hace que no te las gradúas?

Yo que sé, yo veo bien...

Y yo soy la reina Letizia. Si tú vieras bien al feo ese lo habías mandado a la mierda, pero sin pasar por la casilla de salida.

Mujer, que es mi novio...

Es mi novio, es mi novio—parodié su voz con guasita—¿Y me puedes decir una sola cosa buena que tenga aparte de gustarle a tu madre?

Pues no sé, que se quiere casar conmigo, supongo.

Claro, vamos que eres la única tonta que quieres cargar con él, en definitiva. Pues olvídате de esa boda que no te hace feliz, te lo voy advirtiendo desde ya.

¿Qué dices?

¿Tienes ya el vestido?

No, estoy en ello.

Pues tú tranquilita y no te precipites. No gastes ni un duro y déjame a mí darle al molinillo y pensar—me señalé la cabeza.

Me despedí de Ashley y me pasé por lo menos media hora pensando en que el Mortadelo ese, que me seguía pareciendo de lo más feo, era encima un rancio de campeonato. Como que me llamaba Sara que se lo quitaba yo de encima a la pobre chica.

Un rato después llegó Jorge.

¿Te puedes tomar un café? —me sonrió.

Bueno, pero tómallo como un favor personal, porque te estás pasando tres pueblos con todo el curro que me estás mandando y encima ahora vienes a quitarme tiempo.

Vaya cara que tienes—rio.

Te gusta, se te nota. Bueno a ti y a todo el mundo, no está bien que yo lo diga, pero tengo una cara ideal, por no hablar de mi tipo—cogí una retahíla y él me miraba alucinando.

¿Algo más?

Mis dientes, mira son una preciosidad. Le dicen échate para allá a las mascarillas de porcelana y eso que son míos, por no hablar de mi pelo que...

No puedo contigo—no paraba de reír.

Si no te gustara que te cuente mis cosas no vendrías a buscarme para tomar café, porque que yo sepa eso no lo puse como ninguna obligación en mi contrato, no hace falta que me hagas la rosca...

Pero, serás... ¡Se nota que es viernes! ¡Estás totalmente revolucionada! —él es que se partía.

Ya, ya, sí, normal, es lo que tienen las fiestas. En realidad, en días así no tendría ni que venir a trabajar, debería estar acicalándome. Si es que al final no voy a haber negociado el contrato tan bien como pensaba...

No había nada que me gustara más en el mundo que darle caña a Jorge.

No, si verás, todavía vas a tener queja. Vamos que a lo mejor tendríamos que renegociar.

Claro que sí, cuando quieras, salvo la cláusula de que no me puedes echar ni con agua caliente, lo demás lo miramos: más días libres, vacaciones más largas y, cómo no, salario más alto por aquello del plus de trabajo que estoy teniendo que realizar.

Ya, ya... Pero bueno, no me asustes, pese a estar en régimen de esclavitud en las bodegas, te va a dar tiempo a asistir a la fiesta, ¿no?

Mira qué gracioso me ha salido. Pues claro, chaval, sabes mejor que nadie que esa fiesta no se sostiene sin mí. Soy el alma y la cara bonita de esta empresa.

Vale, vale.

Y otra cosa, aunque sea de noche, no te olvides de ponerte las gafas de sol...

¿Y eso?

Porque voy a brillar tanto que, si no, no vas a poder mirarme, y te vas a perder el

espectáculo.

¡Menuda panzada de reír que se dio el jodido en ese rato! Ea, ya había cargado pilas para seguir haciendo lo que quiera que hicieran los jefes, que yo no lo tenía muy claro. El caso es que debía ser bien poco, porque todo el peso del negocio lo llevábamos los demás, como yo.

Al salir de trabajar me fui como una bala para casa. Quería descansar para estar por la noche como una rosa.

Mamá, ¿estamos solas? *Yujuuuu...* —me dio por tirarle un poco de la lengua.

No seas así, hija. ¿Qué tal los preparativos de la fiesta?

Todo fenomenal, voy a brillar más que la calva de tu profesor de pilates mamá, que ya es decir...

Hija, el pobre...

¿No es calvo, mamá? Joder, si parece que tiene una pista de aterrizaje para moscas en la cabeza...

Sara, ¿es que tú tienes para todo el mundo!

Claro, mamá, hay que repartir, no le voy a dar a uno solo...

Sin la mirada inquisitiva de Don Enrique se comía mejor, para qué lo iba a negar. Después me metí un ratito en la cama y a media tarde me desperté para recibir a la maquilladora y a la peluquera.

Sara, ¡qué preciosidad de vestido! —exclamaron al verlo. Yo lo tenía como las novias, colgado de una lámpara.

Sí, sí que es chulo y para no serlo, la verdad es que noté cómo salía humo por encima de

mi tarjeta cuando fui a pagarlo.

El jodido vestido era de diez y allí me había yo dejado el sueldo de un mes. El caso era que el resultado había valido la pena y esa noche Jorge iba a babear por mí. Ese las iba a pasar canutas para ponerme a mí un dedo encima. De lo de “enchufada” se iba a acordar bien, vamos que en el pecado estaba llevando la penitencia.

A la hora de salir me miré al espejo y solté una sonrisita maléfica. Aquella vez me había superado. Mi vestido asimétrico, con un hombro fuera era una verdadera maravilla, sin mangas, de corté *evasé* e incluso con una pequeña cola de arrastre. Se trataba de un vestido sirena, confeccionado en tela de *lamé* metalizada en tonos plateados y dorados. Su cuerpo era drapeado y se fundía con la falda, que lucía la más sensual de las aberturas.

Las altísimas sandalias las llevaba también en plateado, igual que el *clouchet*. Mi pelo suelto y perfecto, con unas ondas delanteras de lo más monas y el maquillaje de fiesta, en el que destacaban mis labios rojo pasión, ponían el broche final a un conjunto que dejó boquiabierto a mi madre, cuando aparecí ante ella.

Me subí en el coche y puse rumbo a “*Falcon Crest*” como llamaba yo de una manera divertida a todo lo que rodeaba a los viñedos de mis abuelos. Eso sí, allí no contábamos con ninguna Angela Channing ni falta que hacía pues, para puñetera, ya estaba yo.

Llegué a los jardines de los viñedos y obvio que Jorge tenía un buen gusto sensacional, por eso estaba loco por mí.

Desde luego que se tenía que haber dejado un pastizal, porque no faltaba detalle. Los invitados, muchos de ellos clientes, iban murmurando sobre el glamur y la elegancia que se respiraban por doquier.

A decir verdad, la gente en general se había puesto sus mejores galas. Allí se respiraba a humo de tarjeta por todos lados, no era yo sola la que había hecho encaje de bolillos con la mía. Eso sí, yo brillaba con luz propia y lo vi en todas las miradas.

Conforme fui avanzando, me encontré con varios de mis compañeros. Los chicos me estaban haciendo la rosca, pero bien. Incluso me di cuenta de que alguno, a la chita callando, hasta me

estaba metiendo cuello. Yo me hacía la tonta que era un gusto y los saludaba a todos con total efusividad, como si me diera tela de alegría encontrármelos, cuando en realidad, ni flores.

¡Menos mal! De repente, vi a Jorge de espaldas, con ese esmoquin negro, ¡estaba para hacerle un monumento!

Me acerqué y le tapé los ojos.

¿Quién soy?

¿Sara? —se dio la vuelta y aquella sonrisa lo decía todo. Me miró de arriba abajo, hizo un gesto de aceptación total y negó con la cabeza.

¿Te ha comido la lengua el gato? —pregunté.

No, no, es que simplemente me he quedado sin palabras. Pareces una actriz de Hollywood, desde luego que vienes de alfombra roja.

Te lo dije y si crees que en lo concerniente a un arreglo te estoy mintiendo, es que estás de lo más equivocado—reí.

No, no, no exageraste nada. Es más, te has quedado corta... Estás de impresión, la estrella de la fiesta, sin duda.

No me estarás intentando pelotear con ningún fin, ¿no?

¿Es que no estoy diciendo la verdad? —frunció el ceño.

Sí, sí, pero escucharla así de tu boca no sé, como escuche yo un ápice de retintín te la cargas.

Nada más lejos de mi intención y lo sabes...

Huy, lo estaba yo notando muy meloso, hasta el punto de que lo veía acercando su cara demasiado

a la mía y con unos gestos muy cariñosos. Se iba a llevar un zasca pero ya.

¿Has saludado a tus compañeros? —me preguntó, girándome casi con sus manos en mi cintura.

¡Que corra un poquito el aire que a mí las distancias cortas como que me agobian un poco!  
—la primera en la frente.

Perdón, perdón...

Tinta china, ese iba a sudar tinta china aquella noche. No sabía las ganas de guerra que llevaba yo.

Bueno, no pasa nada, que sí, que te decía que he saludado a mis compañeros, que son todos unos encantos...

¿En serio me lo dices? ¿No hay gato encerrado?

Nada, nada de eso, me puse en plan formalita para que sonara real.

A ver, en realidad, a mí mis compañeros es que me la traían al paio, yo iba a la mía. Los que sí me caían bien eran Kike y Ashley. Por cierto, a ella no la había visto. Luego me hacía gracia Luisa y me daba dos patadas en el estómago Marta.

¡Sara! —se acercó a mí Ashley.

Ashley, vienes muy guapa. Y veo que, con la cabeza un poco más alta, por ahí te vas a librar.

Sí, estoy intentando seguir tus consejos. Mira, te voy a presentar a mi novio.

Y sí, si en foto era feo, en persona lo era más. Al final iba a tener yo pesadillas con el coco ese. Nos presentó y me quedé loca, porque efectivamente, aparte de feo, era malaje hasta decir basta y, si mi mente no me jugaba una mala pasada, diría yo que me resultaba hasta afeminado. Vamos, que era una joyita para ella.

¿Qué te ha parecido? —me preguntó en un momento que nos quedamos solas.

Un adefesio total, hay que extirpártelo.

Mujer, ni que fuera un forúnculo o algo.

Peor, peor, es mucho peor...

Yo no sabía qué era lo que tenía ese jardín ni cómo había sido diseñado, pero lo que sí tenía claro era que, mirara donde mirara, me encontraba con la mirada de Jorge clavada en mí.

A ver el tío era atractivo hasta decir basta y además tenía eso que llaman de la erótica del poder. He de reconocer que me ponía, me ponía tela, pero le iba a dar pocas pistas.

En el jardín no faltaba un detalle. Una inmensa carpa con unas mesas alargadas en las que se servían toda clase de exquisiteces, aparte de una legión de camareros que iban y venían con bandejas repletas de los mejores aperitivos y bebidas.

Arreglos florales de ensueño, una iluminación meticulosamente estudiada, música en directo... Sin duda se trataba de un evento que podía promocionar mucho la empresa y Jorge había tirado la casa por la ventana.

¿Qué tal, preciosa? —se acercó a mí en un momento en el que me quedé sola.

Muy bien. Veo que no sabes ser jefe, pero sí anfitrión.

Cómo no me iba a llevar un repaso, si es que me los busco yo solito—rio.

Y un buen repaso es lo que yo le hubiera dado, pero él no se iba a enterar...

No, hombre, es que no se puede ser bueno en todo.

Ya, ya, pero uno tiene sus encantos ocultos, no creas...

Sí, sí, pues eso debe ser que estarán muy ocultos porque yo no los veo. Y tengo vista de lince, te lo advierto.

Sí, aparte veo que eres muy observadora—se rio por mi ocurrencia.

No lo sabes tú bien, yo veo la hierba crecer. Hubiera servido para espía, a mí no me la dan tan fácilmente.

Eres un talento desaprovechado. El lunes mismo voy a decir que te trasladen a mi despacho, necesito una mano derecha.

Pues yo te veo dos manos y muy hermosas, por cierto, menos mal que no eres ginecólogo. Vamos, que con esas dos te apañas muy bien y si no te voy poniendo un anuncio.

¿Te gusta esquivarme? Lo haces con mucha sutileza—volvió a reír.

Sí, pero lo puedo hacer con menos, si quieres.

Madre mía, ni que fuera yo un apestado—se llevó la mano al pecho como si le hubiera dolido.

No, mira, algo bueno debías tener. Tu perfume huele genial.

Gracias, no estoy acostumbrado a cumplidos por tu parte.

Ni te acostumbres, te lo advierto.

¿De veras eres así o es que sacas tu lado de amasado para fustigarme?

No, no, me sale solo. No te tengo tan presente como para hacer contigo una excepción...

Le estaba dando por todos los lados y el pobre demostraba un aguante increíble. A mí me dicen la cuarta parte de lo que yo le estaba soltando a él y hago con el que fuera sopa de picadillo. Me lo estaba pasando bomba.

¿Te gusta bailar? —me preguntó.

Claro, cuando comience el baile vas a ver lo que es ser la reina de la pista. ¿Y a ti? ¿Te gusta?

Mucho.

Pues nada, te daré permiso para que te lo pases fenomenal.

Mira que eres, ¿bailarás conmigo?

Pero ¿te vas a pegar tanto como ahora mismo? Es que tienes un poco asfixiada, yo necesito mi espacio.

No, mujer, pues bailamos de lejos—rio, apartándose un poco.

Bueno, pues déjame que me lo piense, pero si no te pones muy pesado, que a mí no me gusta que me presionen.

Yo no era más jodida porque no había entrenado. Estaba deseando bailar con él y tenerlo cerca, pero me volvía loca tener el control sobre la situación y darle la del pulpo.

La noche me estaba resultando cien por cien divertida. Cada vez que podía zafarse de un compromiso, Jorge volvía a mi lado y hacía todo lo posible por captar mi atención. Se estaba mostrando de lo más caballeroso y detallista. Incluso diría que los asistentes se estaban quedando con la copla, pero a él le daba lo mismo. Me alegraba por Marta, que se jodiera.

Eso sí, yo no sé cuánto pudimos beber. Las copas empezaron a caer a pares, una detrás de otra y

yo estaba de lo más animada. Cada vez me venía más arriba y empecé a alentar a todos mis compañeros, incluido a Jorge, para que me siguieran bailando y cantando, pues me fui para el escenario y me hice un rato con el micro.

La estaba liando no parda, sino pardísima y Jorge es que se desternillaba y me seguía el juego en todo. Ese por acercarse hacía el pino puente y yo me había convertido en lo que era, la estrella de una fiesta a la que no veíamos el final...

## Capítulo 10

Abrí los ojos y me quedé loca...

¿Dónde carajo estoy? —solté en voz alta mientras comprobé que la cabeza todavía me daba vueltas.

Tranquila, guapa. Estás en mi casa—no podía ser, pero era, procedente de la cama de al lado oí la voz de Jorge.

No me habrás violado, ¿no?

No te preocupes que eso no es posible, ¡cualquiera te toca un pelo! Yo creo que hasta inconsciente me hubieras pateado incluso el cielo de la boca...

Veo que me vas conociendo.

Sí, no te quepa duda. Eso sí, no osé meterte en mi dormitorio porque no me parecía correcto que durmiéramos en mi cama de matrimonio, no mientras tú no des tu consentimiento—lanzó el primer tirito del día.

Bien, bien, pues entonces cuando las ranas bailen flamenco.

Miré debajo de las sábanas un poco acojonada, pero había que reconocer que mi jefe era todo un caballero, pues yo seguía con el vestido puesto. Eso sí, plateado como era, a esas alturas de la película parecía una bola de papel albal, puesto que tenía más arrugas que el codo de una momia.

A duras penas me levanté, ¡madre mía que parecía que estaba todavía en la atracción de la olla de la feria! ¿Nadie podía parar la habitación? Es que no paraba de dar vueltas.

Jorge me miraba muerto de la risa.

¿De qué te ríes?

De nada, que te conozco y eres capaz de que cobre.

Sí, sí, yo calladito te veo más mono.

Hice por subirme en los tacones, que más que tacones eran andamios y el cuerpo se me fue para atrás. Suerte que aquel buenorro no me quitaba ojo de encima y estuvo al quite. Me cogió en el

aire.

Gracias.

De nada, mujer. Por fin parece que hago algo bien...—se rio.

Sí, sí, pero suéltame ya, que me estoy empezando a agobiar...

Mira que me ponía quejica con eso de los agobios y había que reconocer que vaya aguante tenía el pobre, porque yo no le daba ni la más mínima tregua.

Venga, te voy a hacer el desayuno—sugirió.

Vale, pero yo no puedo así, estoy muy incómoda, me tengo que duchar.

Pues me parece perfecto, pero como no te dé unos boxers míos...

Sí, hombre, Sara Carmona con unos boxers, de eso nada... Esperate que me acerco a mi coche que allí tengo siempre una maletita preparada con ropita interior, un pijama y una serie de prendas cómodas, que yo soy muy previsora... Y me la traigo, por lo que pueda surgir...

Noté que se le iluminó la mirada. Eso sí, si se había creído él que me quedaba para caer rendida en sus brazos o en su cama, chiquito chasco que se iba a llevar.

Yo la idea la tenía muy clara. Yeya tenía planes ese fin de semana, de modo que yo me tenía que quedar en casa de Jorge a toda costa y no le iba a dar ni muchas explicaciones.

Mi pinta camino del coche no tenía desperdicio porque fui con el vestido, que parecía que me había pillado un tren, y con los zapatos, dando zancadas.

Obvio que antes me aseguré de que no hubiera trabajadores del recinto por la zona, porque me hubiera convertido en el hazmerreír de las bodegas, ¡antes muerta!

Volví y entré en la casa. ¡Madre mía qué cambio le había dado aquel hombre en tan poco tiempo! No tenía nada que ver, pues la que un día perteneciera a mis abuelos, se había convertido en una casa moderna provista de todas las comodidades habidas y por haber.

Entré con la maleta y me quedé mirándolo todo. Cuando me quise dar cuenta tenía a mi jefe detrás de mí.

¡Joder, me has asustado!

Perdona por andar por mi casa—rio.

Pero se puede andar de muchas formas, no tienes por qué ir dando sustos a la gente.

Ni te preocupes que en cuanto desayunemos me poco un cascabel y asunto arreglado.

Mejor, mejor—reí.

Me ofreció que entrara a ducharme en uno de los baños de invitados. Cielos, no faltaba un detalle. Me metí en una cabina de ducha que parecía un OVNI. A ver la casa de mis padres estaba a la última de todo, pero es que la de Jorge estaba al siguiente nivel.

Mientras el agua caía por mi cara me asaltó una idea de lo más divertida: aquella casa tenía que ser mía, porque merecía una dueña a su altura. Vamos, que como mi jefe no se anduviera listo, me quedaba allí de okupa y a vivir la vida tan tranquilamente.

Me duché y bajé a desayunar. Me puse cómoda con una faldita corta y una camiseta de algodón, además de unas zapatillas deportivas. La escena era surrealista.

Mira, ¡qué apañado! Pedazo de desayuno que me has preparado.

¿Qué creías?

No sabía qué pensar de ti, apenas te conozco ni tampoco estás en mis pensamientos—ya la ducha me había despertado y era más yo.

Gracias, a todos nos gusta sentirnos especiales—rio.

De nada, de nada.

Desayuné con ansia viva, como si llevara tres días sin comer. A continuación, Jorge me dijo que quería enseñarme algo.

Eso sí, ¿por casualidad no tendrás en esa maletita algo de ropa de baño?

Pues mira, vas a tener suerte porque soy una mujer precavida.

Subí y me puse un bikini debajo de la ropa. Realmente no tenía claro dónde nos dirigíamos.

Salimos de la casa y enfilamos hacia su parte trasera, camino de los viñedos...

¡Guau! —no podía creer lo que veían mis ojos.

¿Te gusta? —me preguntó.

¡Hombre, claro! Ni que fuera tonta... Es alucinante.

Vale, pues ya tenemos distracción para la mañana, porque supongo que te quedas...

Sí, un ratito me puedo quedar—me hice la interesante. ¡Como si no tuviera ganas de quedarme el finde entero!

La zona en cuestión a la que me había llevado era una gozada. Jorge había mandado construir una maravillosa piscina, no un modelo cualquiera, sino uno redondo, como si se tratara de un lago. Una auténtica cucada, con cascada incluida.

Alrededor, había una zona de hamacas que nos estaban llamando también. Allí me iba a pasar yo todo el finde tomando el sol como una lagartija, que para eso estábamos en junio.

Pasamos unas horas estupendas hasta que tuvimos ganas de almorzar.

Yo pido algo si quieres a la casa, pero también nos podemos acercar al restaurante y comer allí.

Por mí vale, ahora tú verás, que igual empiezan a darle a la lengua...

Por mí que le den lo que quieran... ¿A ti te importa?

¿A mí? ¿Tú me ves cara de apurada o algo?

En absoluto...

Almorzamos y sí que se notaba por las carillas del personal que iban a generarse ciertas suspicacias, pero a mí plin. Yo estaba en la gloria, al lado de Jorge, pero sin dejar de lado la caña que siempre le daba. Debía ser masoquista el hombre.

Por la tarde me preguntó lo que me apetecía hacer y yo le dije que por mí nos quedábamos en la

casa, que no me apetecía salir.

¿Entonces? ¿Te vas a quedar esta noche?

¡Alto ahí! Que yo todavía no he confirmado nada y lo más seguro será que me tenga que ir —solté para que me rogara.

Pues sería una lástima, porque tengo una iluminación nocturna en la piscina que no veas y nos podíamos tomar allí unas copas...

Es que no sé, la verdad—por Dios que siguiera insistiendo.

Venga, mujer, ya sé que no empezamos con el mejor pie, pero ya vas viendo que soy un tío de fiar, quédate...

Venga, pero por darte un voto de confianza, no te creas que estoy muy convencida.

Iba a ser verdad que a jodida no había quien me ganara. Estaba apretándole las tuercas cuando tenía clarísimo que quería quedarme.

*Yjuuuuuu*, ¡dame un abracito! —abrió sus brazos y yo tenía ganas de darle un abrazo, un mordisco y un beso de tornillo...

Pero flojito, ¿eh? Que yo me...

Te asfixias, ya lo sé—rio.

Pues eso.

Me acerqué e hice un papelón digno de un Óscar. Jorge totalmente efusivo, abrazándome, y yo inexpresiva total, con los brazos lacios y haciendo como que quería zafarme enseguida.

Ya, ya...

Bueno, algo es algo...

La noche la pasamos en la zona de la piscina dándole otra vez tela a los cubatas, entre risas y tiritos. Las miradas de Jorge no podían ser más significativas. Yo notaba que le interesaba y que me deseaba a partes iguales. Yo a él lo miraba como quien ve llover y, cuando su mirada y la mía se cruzaban, me ponía bizca y así no dejaba entrever nada.

¿Cómo dormiremos esta noche? No es por nada, pero mi cama tiene un pedazo de colchón de látex que es el mejor del mercado, como en esa no dormimos en ninguna.

Quita, quita, yo no puedo dormir con nadie. ¡Qué agobio! Solo de pensarlo es que me está dando urticaria...

Lo tenía a raya. Me había hecho la dueña de la situación y es que no hacíamos más que lo que yo quería.

Llegó la hora de dormir y dicho y hecho.

¿Estás segura de que no quieres...? Mira que mi cama es la leche.

Sí, sí quiero—le solté de repente.

¿Quieres? ¿Nos vamos para allá?

No, quiero que te vayas tú si es que me vas a dar la murga. Vamos, que te dejen dormir aquí, pero si no insistes más.

Me moría de la risa. Habíamos pasado un día sensacional y todavía quedaba otro, porque yo tenía totalmente decidido que hasta la noche siguiente no me iba. Vaya que Jorgito no se iba a deshacer de mí tan fácilmente. Me acordé de Marta y del veneno que le produciría saber lo que estaba pasando entre nosotros. ¡Martas a mí y un mojón!

Nos levantamos y ese hombre que vino a darme los buenos días a mi cama.

¡Aguanta el genio! No te me vengas arriba, que ya me levanto yo.

Y sí, me iba a levantar porque si no mi juegucito iba a tocar a su fin. Me estaba costando la vida contenerme. A ver, toda la noche bajo el mismo techo de ese maromo y sin tocarnos un pelo, era un tormento chino, pero me podía el morbillo de darle a entender que pasaba tres kilos de él.

El día volvió a ser sensacional y repetimos operación. Piscina, restaurante, siesta, agua, sol y cachondeo a raudales. Lo que me pude reír poniendo a prueba en todo y por todo a Jorge ese fin de semana no tuvo nombre.

La conclusión que saqué es que tenía más paciencia que un santo y que estaba loco por mis huesos, porque volví a darle flojo y fuerte y vaya si me aguantaba ¡Y encima sin perder su preciosa sonrisa!

¿Te vas? Te puedes quedar si quieres y ya mañana amaneces en el trabajo—me guiñó el ojo el domingo por la noche cuando recogí mis cosas.

Claro y ya si te parece me quedo a vivir...

Podemos negociarlo—arqueó la ceja.

Yo de ti mediría tus palabras que ya sabes cómo me las gasto negociando...

Me subí al coche y le saqué la lengua por toda despedida. Puse la música a tope y salí del recinto casi a dos ruedas, dejándolo con la palabra en la boca. Me moría de la risa al pensarlo por el camino, pero seguro que así tendría más ganas de verme por la mañana.

## Capítulo 11

Mi madre me esperaba con el café y eso que a esa hora solía estar durmiendo.

- Hija, toma — puso una tacita en mi mano — No puedo más, ayer hablé con tu padre.
- ¿Os separáis?
- ¡No! Hija — volteó los ojos quejándose con un movimiento de cabeza — Es por lo vuestro, ya no podéis seguir así.
- Pues qué hago ¿Me separo de él?
- ¡Hija! No te lo tomes a broma que yo estoy sufriendo mucho.
- Mamá... Papá me dijo que cuando terminara la carrera le hablara y aún ni la empecé, es más no tengo el más mínimo pensamiento de hacerlo.
- Bueno, son cosas que se dijeron en su momento.
- Pues yo las llevo muy adentro y encima él no colabora mucho.
- Bueno hija, pero es tu padre.
- Ya mamá, pues que colabore que me trata como a la del supermercado.
- Lo intentará, pero pon de tu parte.
- Veremos sus intentos — resoplé — Me voy, que llego tarde.
- Colabora hija...
- Sí, mamá — le di un beso y salí por la puerta, la verdad es que sabía que a la pobre le ponía mal esa situación, pero es que no me quedaba otra, pues mi padre había estado más cerrado que un coche blindado.

Llegué a las oficinas y Jacinto me dijo que Jorge me estaba esperando en su despacho ¿Qué cojones quería a esas horas tan tempranas? Me daba hasta cague, muy raro eso.

Toc, toc. El ruido de mis nudillos en la puerta y su “adelante” que me hizo santiguarme antes de abrir.

— ¡Aquí estoy! Con esta sonrisa para ser lunes — aparenté tranquilidad y tener el control, no sabía lo que me esperaba.

— Siéntate, por favor.

— ¿Pasó algo?

— No — sonrió — Quería hablar contigo — se fue para preparar dos cafés.

— Cuando un jefe quiere hablar...

— Tranquila, el trabajo lo llevas muy bien — carraspeó con segundas.

— Pues sí, otra como yo no encuentras.

— Ni que lo digas.

— ¿No lo habrás dicho con retintín?

— No — me miró sonriente mientras seguía preparando el café.

— Pues suelta rápido, sin miedo, que aquí estoy yo preparada — me crucé de piernas, de brazos y me eché hacia atrás mientras se acercaba con los cafés.

— Quería comentarte que aquella mesa era la que debiste ocupar el día que te presentaste, pero como te pusiste borde te mande a recepción, puesto que estaba destinado para mi prima que se incorpora el mes que viene. Me gustaría que ocuparas el tuyo aquí en mi despacho, como mi mano derecha.

- Ni en broma, que no Jorge, ahí pon a tu prima, que la recepción es mía, que no la suelto, que ni de coña ¿eh? Te lo advierto. Esa mesa para tu prima.
- No, eso sí que no, no la aguantaría todo el día a mi lado.
- ¿Y a mí sí, sabiendo como soy? ¿Eres masoquista?
- Afirmativo.
- Pues negativo, vamos que me niego a abandonar la recepción, que desde ahí controlo la empresa y valgo más por lo que veo que por lo que pueda hacer aquí aburrida apartada del mundo. Si hace falta precinto la recepción y me declaro en huelga.
- Ya veo que no te voy a convencer...
- No, no lo harás, tenlo claro.
- Bueno, piénsalo, por favor.
- Vale.
- Otra cosa...
- Dime — volteeé los ojos.
- Me gustaría que el viernes cuando salieras de trabajar te vinieras a mi casa a pasar el fin de semana conmigo, me lo pasé muy bien.
- Bueno, con eso tenemos un problema, hasta que no hable con mi amiga Yeya y sepa sus planes...
- Vaya, pues ya me dirás algo.
- Te mantengo informado — di un trago al café y salí hacia la recepción aplaudiendo como una niña pequeña ¡Lo tenía en el bote!

Me meé de la risa yo sola, no podía con mi vida ¿Cómo podía ser tan grande? Yo debería ser una celebridad de esas que salen en la tele y son admiradas y envidiadas por la sociedad ¡Si es que la que vale, vale!

Un rato después aparecí por el despacho de Jorge y le informé de que el viernes me trasladaría con mis pertenencias a su casa, aceptando su propuesta para el fin de semana, ya que mi amiga se iba a Italia a ver a una prima que cursaba allí el Erasmus, cosa que era verdad, me lo acababa de decir. Jorge se puso muy contento, normal, tener una mujer como yo en su hogar era el sueño de cualquier hombre ¡Anda que no!

Luisa me vino diciendo que Marta le había comentado que yo el viernes estuve muy atrevida con el jefe y que mi actitud le pareció de lo más vulgar ¡Sería envidiosa!

Estaba yo en ese momento dedicándome a mi quehacer favorito, es decir, mirarme las uñas cuando sonó el teléfono. Era mi amigo Nacho, que tenía un talento de pijo especial y no se daba cuenta de que yo ocupaba un cargo de responsabilidad en la empresa.

Pues nada, me armé de paciencia e hice lo que todo empleado responsable hubiera hecho, dejar el puesto un ratito y salir a hablar con él mientras me daba el sol en la nuca, que no quería yo tener déficit de vitamina D.

Hola, preciosa, ¿te cojo ocupada?

Hombre, tú verás, Nachete, yo soy una mujer de negocios y no tengo toda la mañana para atenderte, pero bueno, sé breve. No creas que voy a poder atenderte más de una hora...

A ver que tampoco era plan de que me acusaran de descuidada, con lo meticulosa que yo era en el trabajo.

Vale, vale, mira que me preguntaba si te quieres venir con Yeya este jueves al club de pádel, que tenemos torneo.

Y algo más que un torneo traerás entre manos, tunante, cuando tienes tanto interés en que acudamos nosotras...

Bueno sí, es que voy a jugar con mi chico y la idea es presentároslo.

¿Con el feo?

Yo no sabía qué les había dado a todos los de mi alrededor últimamente. A mí desde luego no se parecían, iba yo a estar con un feo antes de ayer por la mañana.

Mujer, dicho así...

A ver, tú me dijiste que te resultaba atractivo de otro modo y eso es lo que uno viene a decir cuando está con un feo de cojones, poniendo la excusa de que es bonito por dentro y esas chorradas.

Eres mortal...Bueno, ¿os vendréis?

Vale, pero mándame antes una foto para saber si me tengo que tomar un Almax para las ardentías...

Eres más bestia... Ahora cuando cuelgue te mando alguna...

Oye y eso que dijiste de que era una historia complicada...

Bueno, no es por nada, que a él se le ve súper fiel y todo eso, es solo que no quiere darle publicidad a lo nuestro porque aún no ha salido del armario, lo típico.

Pues con buenas dos vas a quedar entonces...

Sara, no me la líes, ¿eh? No vayas a aparecer con Yeya a bombo y platillo, que el pobre todavía se corta. De hecho, para él va a ser una sorpresa que estén allí mis chicas preferidas, pero yo creo que en el fondo le va a hacer ilusión que comience a introducirlo en mi entorno.

Bueno, pues todo sea por verte contento...

Si es que eres un amor, Sarita.

Vale, pero mándame la foto o no hay quedada que valga.

Eso está hecho.

Volví a recepción estresadita. Desde luego que llevaba unos días que aquello era un sinvivir. Cogí mi botella de agua y me puse a mirar un poco las redes para descansar la mente antes de abordar de nuevo el trabajo.

En esas estaba cuando me llegó el WhatsApp de Nacho con el que tenía que ser igual de feo que el de Ashley. Esta gente se había propuesto causarme una úlcera de estómago.

¡¡¡No!!! —exclamé al abrirlo.

Si me pinchan en ese momento, no me sacan ni una gota de sangre, de esa que no era azul, pero casi. Y es que el tío no era igual de feo, ¡era el mismo feo! Ashley y mi amigo estaban liados con el mismo tío y yo no tenía ni idea.

Me quedé loca y empecé a darle a la cabeza.

Ashley— di dos golpecitos en su puerta.

Sara, ¿te pasa algo? —levantó la cabeza del ordenador.

Pues mira sí, un problemilla, que se me acaba de estropear el móvil y necesito hacer una llamada personal, ¿me dejas el tuyo?

Claro, te lo desbloqueo.

Salí con él y miré en sus contactos. Busqué por su bonito nombre, Bernardo y nada. Pensé mal y acerté. Increíble pero cierto, lo tenía grabado como “amorcito”. ¡no lo partiera un rayo!

Marqué su número y no tardó en descolgar.

Palomita mía, ¿te pasa algo? —aguanté las arcadas.

¿Eres Bernardo?

Sí, Bernardo o Berny para los amigos, llámame como quieras. ¿Quién eres y por qué me llamas desde el teléfono de mi chica?

Da igual, te llamo Bernardo, son igual de horteras. Te cuento, soy una compañera de trabajo de tu novia. Verás, se encuentra algo indispuesta y me preguntaba si podrías venir a por ella.

Hombre claro, eso está hecho. En quince minutos estoy allí.

Sí, sí, ven, porque está muy pálida, no vaya a ser que esté embarazada o algo—ahí lo llevaba el pone cuernos, que se fuera estrujando la sesera.

¿Qué dices?

Chico, nunca se sabe, si la criatura ha tenido el mal gusto de acostarse contigo, pues lo mismo hasta has procreado, porque no te han prohibido reproducirte, ¿no?

Oye, ¿es una broma?

No, hombre no, que yo tengo un poco de guasa, no me hagas caso, pero ven que bien no está y la razón no la sé, nada es descartable.

Le devolví a Ashley su teléfono y me fui a esperarlo fuera. Le iba a poner las peras al cuarto cuando llegara. El caso es que vi que algunos empleados empezaban a salir a desayunar y me temí

lo peor. Y sí, allá que venía Ashley.

Bonita, tú no deberías salir hoy.

¿Y eso?

Porque te veo muy mala cara, no te vaya a dar un vahído o algo.

La pobre se veía impresionable a tope.

¿Sí? ¿Tengo mala cara? Pero es que a lo mejor es justo una bajada de azúcar y debería tomar algo.

Huy mira, tengo yo unas galletitas en el bolso que son mano de santo. Siéntate en tu mesa y ahora mismo te las llevo.

¡Qué buena eres, Sara!

Sí, buena era, pero buen bicho, el que picó al tren, para más señas. Le llevé las galletas y volví fuera.

Hola, soy Bernardo—me dijo el caradura al llegar a mi altura.

El caso es que sí, aunque tenía una cara picassiana, conmigo parecía muy amable y lo mismo decía mi amigo Nacho, que estaba loco con él, así que la guasa reconcentrada debía dejarla para la pobre Ashley, que solo le servía de tapadera y a la que le daba la vida más aburrida del mundo.

Sé quién eres y te conozco mejor de lo que crees, sobre todo porque eres la pareja de uno, dos...—empecé a contar con los dedos—Sí, de dos amigos míos—levanté la cara y sonreí.

¿Cómo de dos amigos tuyos?

Pues sí, hijo, de dos, porque además de feo, eres un mentiroso y un cobarde, porque les estás mintiendo a los dos y por la puerta grande.

No entiendo nada, ¿y Sara?

Sara no se encuentra mal ni nada, ha sido una mentirijilla piadosa para que vinieras. Ella está en la inopia, como a ti te conviene, pero eso se va a acabar.

De veras que debes estar confundiéndome con otro...

No, no, a no ser que no seas el novio de Ashley y de Nacho...

Los ojos se le salieron de las órbitas cuando los nombré.

Perdona, yo creo que aquí hay una confusión.

Tienes razón, pero no mía sino de esos dos pobres que no sé por qué extraña razón quieren estar contigo, pero los vamos a sacar ahora mismo de su error.

¡Yo no pienso hacer nada!

Tú vas a entrar a contárselo a Ashley, que está desayunando tranquilita, y después de eso no te vas a volver a acercar a ella en tu puñetera vida. Y de enterar a mi amigo, ya me encargo yo.

No pienso hacerlo, no voy a ceder a...

Pues no lo hagas, pero entonces no voy a parar hasta lograr un encuentro entre los cuatro y vas a tener que dar explicaciones a dos bandas. ¡Menuda cara se te iba a quedar! Y eso si te queda cara, ¡que igual te la parten!

Yo no sé de dónde has salido, pero eres un bicho—me soltó.

Sí, pero de una especie bastante más bonita que la tuya, que por cierto me tienes que decir cuál es porque no termino de caer.

¡Tía borde!

¡Cerdo!

Después de dar las oportunas explicaciones a su ya exnovia, lo vi salir a la velocidad del rayo hacia su coche.

¡Te deseo un buen día! —le indiqué de lejos con la manita. Me hizo el gesto del pajarito con el dedo y se lo devolví.

Entré en el despacho de Ashley y, para mi sorpresa, aunque se había quedado flipada, no estaba ni triste. En el fondo no había duda de que acababa de quitarle un peso de encima. Yo ya había llamado a Nacho, que se quedó en shock, pero que también me confesó que no quería volver a verlo ni en pintura.

La mañana había sido de lo más movidita, pero Ashley no se merecía casarse con alguien así y encima con una doble vida, de modo que había acabado de hacer la buena obra del mes ¡Hala, perdonada hasta el mes siguiente!

Llegué a mi casa estresadita de la mañana ¡No podía con mi vida! Mi madre me miró como diciendo que saludara con cariño, el primero en hacerlo fue mi padre.

— Buenas tardes, hija, ¿Qué tal en el trabajo? — me preguntó ese hombre mirándome a los ojos.

— Buena tardes Don... ¡Es broma! — reí y los hice reír — Papá muy bien, de aquí a nada me hago la dueña de aquello.

— Bueno, bueno, con esa plaza fija ya está bien...

- Qué va, tengo una aspiración muy ambiciosa y creo que puedo hacerme con ella.
- Cuenta, hija — dijo mi madre sentándose a comer con nosotros.
- No aún no puedo, pero os mantendré informados cuando esto tenga un poco más de color.
- Todo lo que sea para bien, me alegro, hija — ya iban dos veces que me llamaba mi padre hija ¡Estaba colaborando!

Por la tarde me quedé relajada en casa, la cena también fue tranquila y conciliadora, aquel volvía a ser un hogar ¡Molaba!

## Capítulo 12

Martes, un día menos para el fin de semana ¡Bravo!

En las oficinas había un revuelo increíble esa mañana puesto que uno de nuestros vinos había sido premiado como el mejor del año ¡Ole mi abuelo! Dije mirando su foto, pues ese vino lo elaboró él, aunque el premio ahora se lo llevara el nuevo jefe, ese que sería mi futuro marido.

¿Nunca habéis creído que alguien fuera capaz en un solo fin de semana de conseguir que otra persona le pidiera matrimonio? Pues eso se va a acabar... ¡Lo tenía todo programado!

Estaba deseando tomarme un cafelito, pero no, yo no tenía ganas de pulsar el botón de la máquina, meter la cápsula, poner el vaso, esperar a que cayera, añadir el azúcar... ¡Qué pereza!

Me dirigí al despacho de mi futuro marido y toc, toc...

— Hombre, qué alegría verte tan temprano.

— Buenos días, amor mío, necesito un café — me senté en la silla toda tirada viendo su cara de asombro y esa sonrisa en la que se le había caído toda la baba ¡Jaque mate!

— ¿Y eso de amor? — se dirigió sonriente a la cafetera.

— Ya te tengo que ir nombrando en esos términos, soy tu futura esposa — me miré las uñas.

— ¿Ah sí?

— ¿¿¿Lo dudas??? — me puse las manos en los pechos.

— Mujer ni nos hemos acostado — rio.

— El viernes me pongo un body de lo más sexy y resolvemos el problema. Aligera con el café que necesito un poco de cafeína, no soy persona — hice un gesto con la mano para que aligerara.

- Lo del viernes lo veo muy bien... — se refirió a lo de hacerlo.
- Pues el sábado quiero un pedrolo en el dedo de esos de película, pues como el viernes me abra de piernas y luego sea mentira, no vas a tener terrenos suficientes para correr.
- Pero mujer...
- Ni mujer ni hostias, si lo tuyo va al hoyo, lo mío va al casorio — advertido quedas.
- Bueno, esas son palabras mayores — puso los dos cafés en la mesa y se sentó a mi lado por la parte de fuera de su impresionante mesa.
- Mira, ya conmigo tienes un sueldo vitalicio perdido de por vida, así que mejor que quede en el lecho matrimonial y te dejas de rollos, vamos que lo tienes fácil.
- Visto así... — puso cara de terror.
- Venga, si estás deseando casarte ¡No lo niegues!
- Me hace más ilusión lo del viernes — su cara era un poema.
- Ni se te ocurra, ni se te ocurra, tienes dos días para comprar el pedrolo.
- ¿Cuál es la medida de tu dedo?
- El número doce. Así, me gusta, vas por buen camino — me dio que estaba bromeando, pero de ahí al finde conseguía yo que me pidiera formalizar nuestro compromiso ¡Vamos que sí!
- Solo pregunté — carraspeó.
- No juegues con mis sentimientos que prendo fuego a los viñedos — me bebí el café de un trago y salí de allí sin dejarlo decir ni esta boca es mía.

¡A pensar! Eso es lo que tenía que hacer, pensar y actuar, menos rollo que el tiempo volaba y le quedaba muy poco margen para ir a buscar una joya como la que yo me merecía lucir en mi dedo.

Pasé a ver a Ashley y me la llevé a cafetería, un café no me había hecho efecto, así que ahora a desayunar como Dios manda.

— *Tschhh* — le hice desde la puerta con una señal de mano para que saliera.

— Hola, Sara — sonrió con tristeza.

— ¿Y esa pena? — la agarré del brazo y comencé a andar hacia el restaurante.

— Me he llevado un palo muy grande, aunque me quité un peso de encima.

— Mira, te quitaste un mojón pinchado en un palo que eso es lo que es.

— Mi madre está muy triste.

— Pues hala, ya lo tiene libre para irse con él.

— No, pero lo quería mucho.

— ¡Pues para ella! Deja ya de pensar en nadie y piensa en ti.

Nos pusimos en la barra y pedimos los dos cafés.

— Gracias por todo — me abrazó apenada.

— Para eso estamos las grandes amigas — le causé una risa.

— ¿Y lo que se dice de que estuviste el fin de semana con el jefe en su casa?

— ¿Eso se dice?

— Sí.

— Pues es verdad y este finde también voy, me da que me va a pedir que me case con él.

— ¿En serio? — se puso la mano en la boca.

— Palabrita, ya te contaré el lunes.

— ¿Pero os habéis liado?

— No, se lo puse difícil, yo no soy ninguna guarrilla, a mí el viernes que me haga mujer y el sábado me plante un pedrolo en el dedo.

— ¿Crees que pasará eso?

— Vengo de advertírselo — sonreí.

— No puedo contigo, me encantaría ser como tú.

— Tú tranquila que ya te enseñaré a brillar en la vida.

— No creo, yo soy muy sencilla.

— Ah no, eso no, de sencillez nada, en esta vida hay que quererse más y brillar.

— Imagino que es cuestión de actitud.

— Es cuestión de creérselo, te digo yo que al final te gusta tanto que cada vez quieres brillar más.

La pobre mía no confiaba en ella y eso es lo primero que debe hacer una persona, creer en sí misma.

Volví a mi puesto de trabajo donde por desgracia no me dio tiempo a coger esa llamada que estaba sonando ¡Mala suerte!

Marta salió a tomar un café y la llamé.

— Tú — le hice un gesto con la mano para que se acercara — Que estoy a punto de ser la dueña consorte de la empresa, así que ni mires a mi futuro marido que te pongo de patitas

en la calle.

— ¡Estás loca! — dijo enfadada marchándose.

— ¡Avisada quedas!

Pues listo, otra cosa menos, que estrés de vida iba a suponer lo de convertirme en la mujer de Jorge ¡Por Dios! Pero es lo que había, tenía que empezar a asumirlo.

Levanté el teléfono y lo llamé.

— Dime, preciosa...

— La joyería “Luxury”, ahí venden los mejores anillos de compromiso, lo digo para que no te agobies mucho buscando la mejor joyería y que te sea más fácil.

— ¿Te estas riendo de mí?

— ¡No! Pero ni se te ocurra hacerlo de mí, que te juro que pongo tus huevos sustituyendo la foto de mi abuelo.

Y colgué, ya no tenía nada más que decirme, vamos que no le iba a dar opción a réplica, que se espabilara y comprara el pedrolo.

Al salir me fui a comer con Yeya, tenía que ponerla al día de todo. Necesitaba contarle lo de Nacho y el novio de Ashley, se quedó muerta, al igual que con lo que le conté que le había dicho a Jorge.

Ese al final anula lo del fin de semana en su casa — reía.

Que se atreva, le hundo los viñedos, ese no sabe de lo que soy capaz.

No, no lo sabe — reía.

El jueves al final se anula lo de Nacho, no tiene pareja de pádel — reí.

¡Qué fuerte! Me he quedado muerta.

Pues yo cogí el toro por los cuernos y puse al feo entre la espada y la pared — ladeé la cabeza.

Nos pasamos toda la tarde de cháchara, poniéndonos al día, ella el viernes se iba a Italia y yo con mi futuro esposo, así que no la vería hasta la semana siguiente.

Por la noche cené con mis padres y ya tenía conversaciones con él más fluidas. Les puse al tanto de que mi ascenso probablemente se lo transmitiría el lunes, que eso sí, me iba el viernes por la mañana y no volvería hasta el lunes después del trabajo.

No, en eso no había quedado con Jorge, pero qué más daba quedarme hasta el domingo o el lunes y caer directa en el trabajo, así que una alegría que se llevaría de estar más tiempo conmigo.

## Capítulo 13

— Buenos días, Jacinto — andaba como si estuviera en un pase de modelos, a él le encantaba ver esa pasarela por la mañana ¡Ponía la mano en el fuego!

— Buenos días, Sara — sonrió.

Me coloqué en mi puesto y vi cómo pasaban todos, yo los iba saludando como la reina de Inglaterra, cual era mi costumbre, que para algo había estudiado sus movimientos al milímetro.

Y ahí venía él... ¡Mi futuro marido!

— Buenos días, corazón mío — me acerqué y le di un pico que lo dejó fuera de juego.

— Buenos días — su cara era de asombro total.

— ¿Solo buenos días? ¿Sin ningún cariño o amor?

— Anda, ven — alargó su mano — te invito a desayunar.

— Claro que sí, vida mía — lo seguí andando como una gran modelo.

— Por fin miércoles, tengo ganas de que llegue el viernes — dijo sonriente.

— ¿Ya me compraste el pedrolo? — señalé a mi dedo.

— Espero que estés bromeando.

— Y yo espero que no se te ocurra ponerme un dedo encima sin antes haberme comprado el anillo de compromiso — sonreí.

Nos sentamos en la terraza y pidió un desayuno completo. Me miraba sonriente. Se notaba a la legua que le gustaba y mucho, aquel hombre se moría por mis huesos.

— ¿Qué es eso que se rumorea de que me llamas el *Satisfayer*?

- ¡Solo lo dije tres veces! Y además hace tiempo — solté como la que llevaba dos años en la empresa.
- Pero ¿A qué te quisiste referir con eso?
- Realmente era en un contexto diferente al que di a entender ¡Advierto! Que la gente tiene muy mala lengua — me llevé el dedo a la boca.
- Ya...
- A ver, ¿Qué más satisfacción que la de haberme dado un empleo de por vida? — disimulé.
- No sé, pero eso suena a...
- Al aparato que está tan de moda y que debo ser la única en todo el mundo que no lo probé.
- ¿No lo probaste? — levantó la ceja.
- Ah no, a mí eso de satisfacerme sola... ¡Ni de coña!
- ¿Entonces?
- A mí que me lo hagan todo. Pero eso sí, no sin un pedrolo preparado para una pedida como una mujer como yo se merece.
- Madre mía, que me da que me lo estás diciendo en serio.
- ¡Y tanto! Y espabila que estamos a miércoles, es más te voy a decir una cosa...
- Miedo me da — apretó los dientes.
- Si este fin de semana no me pides compromiso, no tendrás más oportunidades, yo solo te aviso — advertí.

— Y lo dirás en serio...

— Por mi abuelo, te lo juro por mi abuelo. Yo cuando me enamoro lo apuesto todo, si no lo hacen conmigo, no vamos en la misma dirección — mi tono era claro y conciso.

— ¿Estás enamorada de mí?

— Eso lo sabrás con el pedrolo...

— ¡Me vas a volver loco! — reía.

— Tú piensa antes de hacer ninguna tontería que luego vienen los arrepentimientos.

Miraba la cara de ese hombre que estaba a caballo entre la incredulidad y el querer asimilarlo todo. Parecía hasta afligido, me daban ganas de cantarle una saeta ¡Qué bueno! Lo peor es que veía que se lo estaba pensando ¡Viva yo!

Terminamos de desayunar y me dejó en la recepción. Aquella mañana Jorge tenía que ir a solucionar unos asuntos, así que quedamos en vernos al día siguiente en su despacho en el que como buen futuro marido me tendría que servir el café.

Se fue riendo y negando, pero de repente me llamó, como si se le hubiera olvidado algo. Me acerqué y ¡Beso! Joder me había devuelto el que le di al verlo ¡Esto marchaba viento en popa y a toda vela!

La mañana pasó volando entre cotilleos que iban y venían por parte de Luisa. Ahora bien, Marta no decía ni esta boca es mía, estaba en su puesto encerrada y allí que se quedó.

Al salir fui a ver a mis abuelos, comí con ellos e inclusive me quedé a cenar. Estaban muy contentos de que me fuera muy bien en el trabajo, lo que no sabían es que me iba a apoderar del nuevo "*Falcon Crest*".

El jueves aparecí directamente por el despacho de mi futuro marido que me recibió con un pico en la boca ¡Esto cogía forma!

Me tomé el café, pero no soltó ni media palabra de lo que pensaba al respecto de pedirme matrimonio o perderme para siempre. Claro está que justo antes de salir por la puerta se lo recordé, por supuesto que eso no se iba a quedar así.

— Cariño, te recuerdo que sin pedrolo no hay tetas y sin tetas no hay paraíso y sin paraíso no estaré yo. Estás a tiempo — dije antes de cerrar la puerta.

Pasé por la oficina de Marta y desde la puerta, sin llamar y abriendo le dejé hecha una advertencia.

— A partir del lunes soy la dueña consorte de todo esto, no te la juegues.

Volví a cerrar la puerta y me fui a mi zona de confort, mi centralita. La otra se quedó a cuadros, ni tiempo le di a responder, pero ya íbamos a ir poniendo las cosas claras y el chocolate espeso, no estaba yo para tonterías, que tenía que dar ejemplo como futura mujer del jefe.

Esa mañana aproveché para hacer un recorrido por el puesto de todos los compañeros y sacar con disimulo un poco de información de lo que se cocía por allí. El caso es que me quedé muy sorprendida al comprobar que todos tenían muchos secretos que se escuchaban entre esas cuatro paredes y encima no les importaban hablar en plan chisme, la cosa se ponía interesante.

Ya estaba al tanto de quién se caía mal y bien en las oficinas, así que podría pinchar más a gusto ¡Qué fácil me lo pusieron!

Llegué a mi casa y comí con mis padres. Esa noche ellos se iban a cenar a la calle y les dije que me iba con ellos. Se pusieron muy contentos, quería aprovechar al máximo ese día, al siguiente me iba a casa de Jorge y me daba la impresión de que para no regresar más.

Aproveché la tarde para hacer la maleta, no la de fin de semana, sino la que tenía en plan baúl. Tenía que llevar muchas prendas por si me apetecía en ese momento ponerme unas y no otras, además de incluir lo suficiente por lo que pudiera pasar. La maquinaria estaba en marcha y era hora de ir llevándomelo todo poco a poco todo.

Por la noche salimos a un italiano, me puse guarra de comer, al final volví con remordimientos por si se me iba todo para mi precioso culo.

Mi padre volvía a ser el de antes y se le escapó más de una muestra de cariño en mi mano. En el fondo lo amaba más que a nada en el mundo como él a mí.

“JORGE”

Haber pasado el fin de semana anterior con ella me hizo descubrir una Sara que tenía todo lo que a mí me aportaba felicidad...

Pese a ese carácter tan suyo en el que hacía su propia realidad de todo y parecía de lo más atontada, había una mujer extremadamente culta, llena de inteligencia, se notaba que venía de una cuna familiar con un nivel cultural alto.

Tenía un físico espectacular, me hacía reír con sus locuras, esas que sabía que eran parte de su vida, conseguir todo de aquella manera, de esa que hace como que suelta sin querer, pero lo tiene todo al milímetro estudiado para sacar de quicio a alguien o para conseguir sus objetivos.

Me gustaba, lo peor de todo es que estaba dispuesto a ganarme su corazón fuera como fuese, lo que no esperaba que me pusiera entre la espada y la pared, pedirle compromiso o perderla para

siempre y lo peor de todo que sabía que era capaz de hacerme desaparecer de su vida personal...

Estuve debatiendo entre lo racional y lo que sentía mi corazón, la vida a veces era una locura, de nosotros dependía si cometerla o de lo contrario, dejarla ir...

## Capítulo 14

Joder con el maletón que me llevaba, iba escalón por escalón bajándolo y encima con taconazos.

— Hija, ¿Qué pasó? — apareció asustada por los golpes.

— Parece que llevo un muerto — seguí tirando de la misma forma.

— Quitá, que te ayudo — la cogió y me la dejó abajo.

— No podía con los tacones, el bolso, la melena, la maleta ¡Qué locura!

— Pero hija ¿No es mucho para tres días?

— Mamá, por si acaso, yo me entiendo — le di un beso y me dirigí al coche.

No veáis para meterla en el maletero, por poco me mato sola...

Llegué a la finca, esa que algo me decía que sería mi nuevo hogar ¡Más le valía a Jorge! Quien por cierto ahora me tendría que hacer un cafelito.

Entré en la recepción y me encontré allí apoyada a Marta, con cara de querer matar a alguien.

— ¿Qué haces en mi puesto?

— Esperarte para dejarte claro un par de cosas...

— ¿A mí? — miré para todos lados.

— No te hagas la tonta que vas de no enterarte de nada y eres una arpía.

— ¡Parte que te crío!

— Me paso tus partes por el coño, que te deje claro.

— ¡Huy lo que has dicho! — me puse la mano en la boca.

— No me toques las narices, te lo advierto — me señaló con el dedo y se fue a su despacho.

Toc, toc, en la puerta de mi futuro marido.

— Amor mío me he llevado un gran disgusto — me puse las manos en el pecho y me tiré en la silla.

— ¿Qué te pasó? — se fue hacia la máquina de café mirándome preocupado.

— Marta vino a decirme de todo, me tiene manía, pues está enamorada de ti.

— ¿Qué te dijo? — preguntó preocupado.

— Que no le toque las narices, no sé a qué vino eso, creo que no aguanta que yo venga a verte.

— Hablaré con ella...

— ¡No! La indiferencia duele más y no quiero parecer una cotilla — dije apenada ¡Qué buena era en mi papel!

— No le hagas caso ni te metas en problemas.

— No, no, yo soy muy buena niña.

— Pues sigue así — carraspeó — Hoy no me has dado un beso — dijo poniendo las tazas sobre la mesa.

— Estoy muy triste por el percance, luego en tu casa te doy unos besitos de amor.

— ¿Solo unos besitos?

— ¿Me has comprado el pedrolo? — señaló a mi dedo.

— ¿Pero me lo dices en serio?

— Madre mía, madre mía, como no lo hayas hecho la semana que viene vas a pasarlo muy mal cuando te haya bloqueado por todas partes — advertí con un movimiento de cabeza.

— ¿No crees que es muy pronto? — se hizo el interesante.

— Mira, Juan no me vendas la moto — di un trago y me levanté.

— Ya empezamos con lo de los nombres — rio negando.

— Por cierto, luego me tienes que ayudar a coger la maletita del coche, que con los tacones la paso putas.

— Tranquila, así será.

Me fui a la recepción y de allí a desayunar, tenía ganas de hablar relajadamente un rato con mi amiga Yeya por teléfono, ya que estaba haciendo tiempo para coger el vuelo. Por esa razón, le hice compañía telefónica mientras le contaba cómo iba el tema y me tomaba el desayuno del siglo.

Ashley se acercó a verme a recepción después de haberme incorporado. Me daba alegría verla con esa sonrisa que iba reflejándose en su cara, no paraba de darme las gracias por haberle quitado la venda de los ojos. Yo le decía que con ella se hiciera un lazo, lo típico...

A la hora de la salida apareció Jorge haciéndome un guiño para ir a por la maleta. Cuando abrí el maletero y la vio me miró alucinando, eso sí, soltó una risa.

— Unos trapillos de nada — hice un gesto con la mano mientras él sacaba la maleta riéndose.

— Ve cogiendo una mesa en la terraza que llevo la maleta a casa.

— Vale, así me ahorro andar hasta allí con los tacones dos veces — sonreí.

Me senté en la mesa y pedí una botella de vino del que nos gustaba a los dos, el premiado, un

auténtico deleite para el paladar.

Jorge no tardó en llegar sonriente, pidió unos entrecots de añejo con unas patatas panaderas, nos íbamos a poner las botas.

Su mirada era de lo más sugerente ¿quizás estaba así por lo que iba a pasar entre nosotros ese día? Un cosquilleo recorrió mi barriga, me gustaba mucho ese hombre, se había convertido en mi objetivo ¿Conseguiría ganarme su corazón? No lo sabía, pero si estaba allí conmigo sería por algo.

Estuve contándole todos los cotilleos de los que me había enterado a lo largo de la semana en las oficinas. Él se moría de la risa y peor lo hacía yo, que dramatizando era la mejor del mundo mundial.

Tras el almuerzo nos fuimos a su casa y me cambié de ropa, eso sí, antes saqué mis pertenencias de la maleta y las puse en una parte del armario de su dormitorio, ya me tenía que ir apoderando del que sería mi hogar.

Un bikini chulísimo, una camiseta de tirantes anchos a modo de vestido y lista para tomar con él en la terraza de la piscina una deliciosa copa que me iba a sentar de lujo.

Nos apoyamos en uno de los barriles de vino que había en esa zona. Me encantaba cómo tenía aquello decorado y la armonía que se respiraba en esos parajes en los que correteaba en mi infancia, ahora convertidos en una preciosa piscina y área de relax para tomar el sol, copas y demás.

— Estás preciosa así tan natural — agarró mi barbilla con delicadeza y besó mis labios.

— Yo es que valgo de todas hechuras — hice un gesto de que era evidente.

— Pues sí, la verdad es que sí — su mirada lo decía todo, estaba derretido conmigo — Cambiando de tema ¿Entonces ya genial con tu padre?

— Claro, no tenía más remedio, piensa que me tiene que llevar al altar del brazo y no sería bonito ir de mal rollo — aguanté la risa y di un trago.

- Qué bestia eres — comenzó a toser riendo y a mirar hacia los viñedos.
- ¿Bestia? Ni se te ocurra meterme mano si no hay anillo ¡Advertido quedas!
- Nada de manos — las levantó.
- Esto está pintando fatal, verás la broma.
- Pero imagino que todo lo de la boda es broma ¿no?
- Broma, dice — negué — ¿pero tú has visto lo viejo que te estás haciendo y sin pareja?
- Quizás no la tenga porque no quise...
- No, porque no encontraste algo tan perfecto como lo soy yo — di por hecho.
- Puede ser... Por cierto, esta noche ponte bien guapa, aunque no sé por qué te lo digo si siempre vas impecable.
- ¿Dónde nos vamos?
- A ningún sitio, pero encargué una mesa espectacular en el restaurante con una cena de impresión.
- Todo por no cocinar ¡Qué flojo eres!
- Sí, hombre, como que tú me ibas a ayudar... — rio.
- No, pero es que yo merezco que me mimen — hice un gesto de obviedad y él se acercó, me agarró por la cintura y...

Eso sí que era un beso de los que te dejan sin aliento, además de tener pegado a mí ese cuerpo duro, definido, me iba a poner como una moto si no terminaba ese momento.

- Me has besado un poco más profundo... — dije como si no pudiera aún reaccionar, señalándome hacia el labio.

Y volvió a besarme, con más intensidad. Cada vez se notaba más que le gustaba y mucho, me pegaba a él como queriéndome traspasar, podía notar su anaconda, esa que parecía que se iba acrecentando por momentos.

— ¿Te has...? — me puse la mano en la boca.

— No, solo creo que quiso saludar — aguantó la risa mirándome de forma penetrante y mordisqueándose el labio mientras sujetaba la copa que estaba sobre el barril.

— Mira que como no haya pedrolo — señalé a mi dedo — te la corto — advertí levantando las manos.

— No lo dudo — hizo un carraspeo.

Nos tomamos la copa entre besos y más besos. Jorge le estaba cogiendo el gustillo, a mí me estaba poniendo como una moto de carreras, pero esperaba que el pedrolo ya me estuviera esperando para entregármelo en cualquier momento ¡Más le valía!

Un poco de piscina y rayos del sol entre arrumacos, besos y más besos ¡Viva el amor! Es que lo derrochábamos por los cuatro costados y eso se dejaba ver, no es que fuera cosa mía.

Pasamos una tarde preciosa, luego nos fuimos a duchar, por supuesto cada uno por su cuenta ¡nada de ligerezas!

Me planté un precioso vestido negro de pedrería entallado, me quedaba de muerte, con unos taconazos y allí estaba yo para comerme el mundo.

— Impresionante — se dibujó una preciosa sonrisa en su cara.

— Todo esto te vas a perder como no te decidas antes de que me vaya el lunes — dije advirtiéndome.

— ¿Te quedas hasta el lunes? — sonrió levantando la ceja y cogiéndome su mano para llevarla a sus labios y besarla.

— No hombre, me voy a ir el domingo ¡Anda qué! Y veremos si no me quedo aquí a vivir de paso — reí.

Nos fuimos al restaurante y me sorprendí al ver que nos habían preparado una mesa en la terraza, pero en una zona apartada, exclusiva, fuera de la mirada de la gente, en un rincón de lo más bonito y que encima habían preparado de lujo.

Cabían en esa mesa seis personas, pero para nosotros dos solitos ¡Lo valíamos!

— Menos mal que me invitas a una cena como Dios manda — aguanté la risa.

Un círculo gigante de velas alrededor de ella, menos en una especie de pasillo para que pudiéramos pasar tanto nosotros como el personal de servicio.

La botella de vino y las copas a medio llenar mientras que un camarero nos apartaba la silla.

Una rosa sobre la mesa sobre la que había unos entrantes de canapés dignos de admirar. Sin duda se trataba de una cena en un ambiente tan cuidado que se me caían las bragas y lo que no eran las bragas.

Apartados, solos con aquello ¿Se podía ser más romántico? La sonrisa no se desdibujaba de su cara, eso era lo que más me gustaba, se notaba que estaba feliz y cómodo con mi compañía.

Levantó la copa y me hizo brindar, acto seguido sacó ¡Una sortija!

— ¡No! — me puse las manos en la boca incrédula ¿Podía haber sido tan fácil?

— ¿No? — preguntó sonriendo con esa mirada que lo decía todo.

— ¡Sí! — reí aplaudiendo.

— ¿No o sí? ¿En qué quedamos?

— Pónmelo ya — extendí mi mano.

— Bueno, pero antes déjame decirte que esto es una locura que espero que sea la mejor que

haya cometido en mi vida. No considero que sea tiempo suficiente para conocer a una persona y tomar una decisión tan importante, es muy precipitado.

- Te estás rajando — lo señalé con el dedo índice y luego me señalé el anular para que me lo pusiera antes de que la liara.
- No, no me estoy rajando, es más te quiero decir que esto no pasa ni en las películas, pero siempre pensé que, pese a lo que te he dicho, hay decisiones que se deben tomar a lo loco si hay algo que te lleve a pensar que merece la pena y tú la mereces.
- Menos mal — resoplé poniéndome la mano en el corazón mientras él se reía.
- De verdad, esto es para volverse majara, pero me quiero seguir volviendo majara con tus cosas, con tus ideas, con esos momentazos que me hiciste vivir a pesar de haberte querido matar. Y no, no me la puedo jugar a perderte, me tiro contigo a la piscina, de un puente o de donde sea, pero....
- ¿Pero qué? ¡Me estás poniendo nerviosa!
- ¿Quieres ser mi prometida y comenzar conmigo una aventura en común?
- ¡Sí, quiero! — grité con todas mis fuerzas y él sonriendo me puso el anillo y de repente como si nos estuvieran vigilando...

Aparecieron los camareros con bengalas en sus manos, sonrientes y haciendo un círculo. Junto a ellos, unas chicas conjuntadas con unos vestidos en color dorado comenzaron a cantar “*I Say a Little Prayer*” la canción de la película de “*La boda de mi mejor amigo*”.

Lo más bonito que el jodido podía haber preparado, nos fundimos en un precioso beso y nos pusimos a cantar con ellas mientras los camareros comenzaban a tomar fotos y grabar vídeos para inmortalizar el momento.

Luego nos felicitaron y se marcharon, lo que no me podía esperar fue lo que pasaría en esos momentos...

Mis padres al lado de otro matrimonio apareciendo por allí.

— Pero ¿qué hacéis aquí? — pregunté alucinando.

— Te presento a mis padres — interrumpió Jorge señalando a la otra pareja — Elena y Víctor — dijo sonriente y luego saludó a mis padres.

Les saludé amablemente y me explicó Jorge que les había pedido a todos que vinieran, inclusive ya había conocido a mis padres personalmente, estaban al tanto de lo que iba a ocurrir ¡Por poco me da algo! ¿Se podía ser más mono?

Sus padres eran simpáticos, se veían nobles, muy elegantes, educados, cultos ¡Cuánto glamur junto!

Yo estaba de lo más emocionada, eso sí, me comporté como una campeona, que mis suegros se tenían que llevar una buena impresión de su nuera favorita. Bueno, de la única que tenían, pero así sonaba mejor.

Cenamos un cordero lechal que estaba de vicio, tomamos tres botellas de vino y nos dieron las tantas de la noche, fuimos los últimos en salir del restaurante.

Mis padres estaban de lo más emocionados con Jorge. Se mostraban encantados, nuestro compromiso les había pillado de sorpresa, pero los había hecho muy felices.

Nos despedimos de ellos y nos fuimos a casa de Jorge después de una velada divertida, llena de anécdotas, buenos propósitos y con muchas ganas de boda por parte de todos, eso fue lo que nos transmitieron.

Llegamos entre besos y abrazos, acompañados de nervios, risas e infinidad de ganas de esa vida en común que habíamos pactado comenzar ¡Y de qué manera! Por todo lo alto, como yo merecía y él no me había defraudado.

Entramos a su cuarto y comenzó a bajar la cremallera de mi vestido por detrás mientras besaba mi cuello. Yo lo movía para dejarle hueco, se había ganado que le dejara la libertad de hacer lo que le diera la gana ¡Y más!

Deslizó mi vestido hacia el suelo mientras iba acariciando mi silueta con sus manos. Me estaba

poniendo la piel de gallina.

Desabrochó desde atrás mi sujetador y lo dejó también caer al suelo, luego me giró, mirando mis pechos con esos ojos de deseo que iban a conseguir hacer que me derritiera, como un bombón, vamos lo que yo era.

Me pegó a él y comencé a quitarle la camisa mientras me iba besando con esos labios que me hacían vibrar como ellos solos.

Me tumbó en la cama y quitó mi tanga, soltó un gemido de placer al verme desnuda ante él, a la luz de esa vela que teníamos como único testigo de lo que iba a suceder.

Comenzó a lamerme todo el cuerpo, con bocados leves que me ponían a mil, hasta que se paró entre mis piernas y comenzó a jugar, mordisquear, tocar y penetrar con sus dedos mi cavidad íntima para luego volver loco a mi clítoris, ese que estaba hinchado y deseoso de soltar toda la excitación que sentía en ese momento.

Monumental, tuve un orgasmo monumental donde mi *satisfayer* me hizo sentir toda la lujuria del momento.

Luego lo hicimos, madre mía, qué manera de manejar mis piernas, mi cuerpo y de hacerme arder en deseos. Aquel hombre era todo lo que se podía desear en cualquier sentido, era todo aquello que merecía en mi vida, para eso lo valía.

Esa noche dormimos abrazados, creo que no hubo un momento en el que me despegara de su pecho, aquel que sabía que sería la mejor protección de todas mis futuras noches.

Besaba mi frente y acariciaba mi pelo en ese precioso despertar, al final me iba a volver romántica y todo.

Nos fundimos en un fuerte abrazo en el que nos dimos los buenos días, luego nos fuimos a la cocina donde mi futuro esposo preparó un delicioso desayuno que nos tomamos en el porche delantero de la casa.

— Amor...

— Dime preciosa — sostenía su taza sobre la mano.

— ¿Y cuándo nos casamos?

— Sabía yo que habías tardado ya mucho en preguntar — rio.

— Es que me pediste compromiso y no me diste fecha — mordisqueé la tostada como la que no quería casarse.

— ¿Y cuándo te gustaría casarte?

— Pues en septiembre, ni calor, ni frío — solté provocando que todo el café saliera disparado de su boca hacia mí.

— Pero ¿qué haces so bruto? — miré mi camiseta blanca salpicada de manchas marrones y negué con la cabeza riendo.

— ¡Perdón! — vino a quitármela y me trajo otra.

— Deja de reír y contesta, pues de lo contrario después de esto la vamos a tener — advertí.

— ¿Quieres que nos casemos en septiembre?

— ¡Sí! — exclamé emocionada levantando un poco los brazos y apretando las manos.

— Será en septiembre ¿Y mientras tanto?

— Disfrutamos de la casa, de las tierras... el lunes me traigo todas mis cosas. Le diré a Nacho que tiene un amigo que es dueño de una empresa de mudanzas que me mande un camión para traer todo lo de la buhardilla.

Y otra vez salió su café disparado, menos mal que a un lado, directo al suelo.

— Vas a poner la casa guapa, verás la pechá de fregona que te vas a dar.

— Ah no, en un rato viene la chica de la limpieza.

— A esa la tengo que ver yo, cualquiera no quiero en mi casa — solté dejando claro que ya era mía también.

— Es muy buena persona — volteó los ojos — Entonces ¿Te mudas aquí conmigo?

— Claro, así organizamos la boda mejor — sonreí.

Y claro que me iba a quedar allí, no me echaban ni a palos, si algo tenía claro es que tenía que cuidar mi casa, mi hombre y mis tierras, esos viñedos que venían en mi sangre incluidos, para eso se esmeró mi abuelo mientras nosotros, sus nietos, correteábamos por allí.

La mañana la pasamos entre besos, algún que otro revolcón y una serie de acontecimientos que nos llevaron a seguir resolviendo aquella tensión sexual que arrastrábamos desde que nos conocimos, pues la había, sin duda.

A la hora del almuerzo fuimos al restaurante, había otro turno, pero ya estaban al tanto de lo ocurrido, así que no cesaron las felicitaciones y ahí estaba yo... ¡Sonriente como la vida misma!

Nos agasajaron con otra comida especial en la que Jorge y yo nos dijimos todo con esas miradas que hablaban por sí solas.

La tarde la pasamos de piscina, con muestras de felicidad, sexo y alcohol, una combinación perfecta en esas tierras que comenzaban a ser para mí parte de mi propia vida.

Fue un sábado especial que dio paso a un domingo que no lo fue menos...

Jorge se mostraba de lo más atento y cariño del mundo conmigo, se desvivía en halagos, en atenciones, en todo lo que me hacía sentir la mujer más especial sobre la faz de la tierra ¡Me tenía enamoradita!

Tenía clara una cosa y es que entre nosotros se había producido la madre de todos los flechazos. Cupido nos había dado de lleno en el corazón, haciéndonos vivir unos momentos muy especiales que esperábamos fueran el comienzo de muchos otros.

Ahora tocaba preparar una boda que, para mí era de lo más deseado. Jorge había captado mi

atención desde la primera vez que lo vi y ahora era mío, iba a ser mi esposo, se iba a convertir en todo lo que había fantaseado desde niña, aquella maravilla aventura no había hecho más que empezar...

“JORGE”

Ni que decir tiene que desde ese fin de semana en el que le pedí que fuera mi prometida decidió quedarse en casa, poniendo patas arribas mi vida y llenándome de una completa felicidad.

En las oficinas había un revuelo enorme por lo de la boda, estaban de lo más nerviosos todos, no paraban de cotillear por cualquier rincón, pero ella estaba muy contenta, además de que se metió en el papel de jefa consorte y era para verla, la felicidad en persona.

A mí... A mí ella me llenaba de vida con sus cosas, me moría de la risa cuando me cambiaba de nuevo el nombre o cuando aparecía por mi oficina para hablarme de cualquier preparativo de la boda.

Y fue abandonando la recepción a la que se incorporó otra persona, pues mi prima decidió presentarse a unas oposiciones y las había aprobado.

Sara me tenía loco, me cargaba las pilas y me encantaba ver lo bien que se adaptaba a mi casa, a este entorno que ella conocía como la palma de su mano.

Mi madre decía que detrás de esa espontaneidad y locura que caracterizaban a Sara, era de lo más inocente, con un corazón enorme capaz de ganarse a cualquier persona.

De hecho, se ganó a todos sus compañeros a pesar de los chismes que se escuchaban entre esas paredes, en el fondo la admiraban y respetaban mucho.

La que me dio con el vestido fue monumental, todo para no desvelar el gran secreto que guardaría hasta el día de la boda.

Entre ella y su amiga Yeya me traían por la calle de la amargura con la boda, pero las veía tan

felices por la cercanía del gran día que no podía hacer otra cosa que babear.

Si me hubieran preguntado si en algún momento me arrepentí de haberle pedido matrimonio, la respuesta era no, rotundamente no. Cada día estaba más convencido de que quería ser todo para ella, que quería cuidarla, amarla y respetarla todos los días de mi vida.

La amaba, esa era la verdad.

## Capítulo 15

¡Venga, Sara! Tienes que levantarte— yo escuchaba esa voz y pensaba que era una pesadilla.

No me toques las narices quien quiera que seas que hoy no tengo que trabajar...—ni la reconocía.

Pues claro que no tienes que trabajar, cariñete, es el día de tu boda...

¿Yeya?

Pues claro quién voy a ser. Por cierto, yo no es por nada, pero veo que, como mi colchón, ninguno. No te creas que he pasado buena noche.

Hija, es que más pija y no naces, eres una tiquismiquis.

Claro, como que tú vives mal en la chabola de Jorge, no te fastidia.

Huy, calla, calla, que no, es verdad. Yo supe que me hacía dueña de todo aquello desde el primer día que puse allí los pies.

Eso lo sabías tú, lo sabía yo y lo sabían hasta los hebreos. Ese no tenía escapatoria...

Y tanto que no. Por cierto, petardilla, vaya tela con los lingotazos que nos metimos anoche...

Hombre claro, yo no sé cómo no despertamos a tus padres, con el cachondeo que formamos...

Porque me da a mí que mis padres tienen sordera selectiva, vamos que no escuchan lo que no les conviene. ¿Bajamos ya a desayunar?

Venga.

En la cocina nos esperaban mis padres. Don Enrique, como seguí llamándolo de broma estaba de un buen humor impresionante, parecía un pavo real a punto de desplegar sus plumas.

Cariño, ahí viene la niña, mira qué guapa y qué contenta. Si es que yo siempre he apostado por ella...

Mi madre lo miró alucinada, creo que con cierto miedo a que yo abriera la caja de los truenos.

Déjalo, mamá—me eché a reír—Que de fantasías también se vive.

Claro que sí, hija—me dio mi padre la razón como a los locos y eso que estaba siendo totalmente sarcástica—Siéntate aquí al lado de tu padre, que es la última vez que vamos a desayunar juntos.

Verdad, papá. Anda que no voy a echar yo nada de menos esos desayunos de los últimos años, tú y yo ahí, charlando por los codos y partidos de risa.

Sarita, que te conozco—me hizo mi madre un gesto de riña para que no la liara.

Yo miraba a Yeya que estaba muerta de risa. Mi amiga del alma no se había perdido mi última noche de soltera, que a mis padres les hacía especial ilusión que pasara en su casa para salir de allí vestida de novia.

Por mi parte, ya se sabe, nunca les había llevado la contraria, ¿o era que nunca les había seguido la corriente? Bueno el caso es que en el fondo yo no era rencorosa y sabía que para ellos era importante, así que Yeya y yo pasamos la noche en la buhardilla, como si fuéramos dos niñas de diez años planeando su siguiente excursión de *girl scouts*, pero con un poquillo de alcohol.

Parecía mentira que pocos meses después de que Jorge me diera aquel recibimiento en el que le hice pagar caro que me dijera “enchufada”, a mí, con lo que tuve que sudar hasta lograr el puesto, fuera a convertirme en su mujer.

Como no podía ser de otra manera, ya que mi sangre no tenía nada que envidiarle a la de la realeza. En todo caso, al contrario, yo me iba a casar con un vestido de novia de corte princesa, una maravilla con un escote corazón y mangas tres cuartos, de lo más elegantes. Un modelo perfecto para el mes de septiembre. Su precioso cuerpo de encaje estaba plagado de flores flotando sobre una falda de tul exuberante. El conjunto era una auténtica maravilla que yo iba a lucir como nadie, obvio.

Yeya sería mi dama de honor y yo es que me partía de risa con ella, porque parecía que todavía seguía achispadilla desde la noche anterior y no paraba de decir disparates.

Ahora sueltas una de las tuyas y al final no te casan, ya verás.

Y un mojón, a mí me casan así tenga que coger al que sea por el pescuezo, eso te lo garantizo.

A ver, que a mí no hace falta que me lo jures.

Venga, espabila, que nos vamos al centro de belleza.

Mi madre, Yeya y yo nos dirigimos a un centro de lo más exclusivo que había en la ciudad, del que mi amiga era poco menos que socia honorífica. Allí nos iban a poner impresionantes a las tres.

La limusina os espera en la puerta—dijo mi padre, tan salado como siempre, ¡no tenía guasa ni nada!

Sí, sí, papá y a ti te van a nombrar Ministro de Justicia esta tarde.

Hija, que no me estoy quedando contigo...

Que te dejes de cachondeo ya—cogí las llaves de mi coche.

Lo mismo no va tan desencaminado—Yeya arqueó la ceja.

¿Cómo no se me había ocurrido a mí antes? Mi amiga pensó que esa mañana nos moveríamos en limusina, porque nosotras lo valíamos y desde luego que razón no le faltaba. Así que nos montamos y brindamos con champagne, fue todo un detallazo por su parte, a nuestra altura, claro.

Yo quiero que me deis también un masajito antes de peinarme y maquillarme—le dije a la dueña del centro cuando entré.

Pero mujer, eso hoy es imposible—me miró con extrañeza. La boda es a las doce y media y tenemos el tiempo perfectamente calculado.

Te voy a decir una cosita, si no quieres que tire para mi casa y me peine y maquille yo, a mí me haces caso.

Yeya se tronchaba y mi madre no daba crédito.

Ya te veo venir, tú hoy lo vas a hacer esperar—mi amiga me conocía mejor que la que estaba a su lado, es decir, que la que me había parido.

No me llamo Sara si no me hago notar.

Hija, pero si eres la novia, tú vas a destacar igualmente—se echaba las manos a la cabeza mi madre.

Pero no esperarás que sea una novia cualquiera mamá, a mí, si me quiere, me va a esperar por lo menos una hora...

¿Una hora? Pobre chaval, hija te tiene que querer mucho, porque no sé cómo te aguanta...

Y que no lo haga. Que se queda compuesto y sin novia. Yo soy la dueña y señora de los viñedos, que os quede claro.

A ti te voy a dar yo así como se te suban los humos a la cabeza—Yeya me señaló que le

daban ganas de arrearme.

Yo no sabía a santo de qué estaban las dos tan nerviosas, si a mí, que era la novia, no me temblaba el pulso.

Lo pasamos estupendamente, pero eso sí, yo antes a mi masaje, que tenía que estar bien relajada. Mi madre miraba el reloj y resoplaba. Yo más me reía, si creía que nos íbamos a ir pronto estaba de lo más equivocada...

Ahora me cierras la cabina que me voy a echar media horita a descansar—le indiqué a la chica que me dio el masaje.

¡No me lo puedo creer! —a mi madre le tuvieron que traer una tila de lo nerviosa que se puso.

Yeya, te la vas a tener que llevar fuera, que yo creo que esta mujer va a hiperventilar y yo no puedo permitirme que se apoderen de mí los nervios.

¿Los nervios? Sabrás tú lo que es eso. A tu madre te la cargas hoy...

¿Os habéis propuesto darme el día? Mira que cojo el sueño profundo y me caso a las siete de la tarde.

¡No! Media horita hija, te dejamos media horita.

Cerré los ojos y vi un mensaje de WhatsApp de mi padre. ¡Qué mono! Me decía que estaba muy orgulloso de mí, pero que como sabía que yo iba un poco a mi aire, me recordaba que no tardáramos. Le contesté que ni de coña que no se preocupara, pero sin especificar, vamos que ni de coña íbamos a llegar a nuestra hora, esa era la realidad. Y él encima se quedó tan contento. ¡Iluso!

Una hora después de la prevista salimos del salón de belleza, yo de lo más contenta y guapa, Yeya negando con la cabeza y mi madre con un auténtico soponcio encima.

Cuando llegamos a casa Don Enrique estaba también con un telele. Eran todos un poco exageraditos, de seguir así me iban a inquietar y todo. Al final estiré un poco el tiempo y a la una y media salimos de casa de mis padres. Ya llevábamos una hora de retraso y todavía nos faltaba un ratito por llegar. ¡Me había superado a mí misma! Para ese momento, a mis padres les tuvo que administrar Yeya un Valium a cada uno y parecía que iban flotando en una nube.

Ya lo sabía yo. Miré por la ventanilla del coche, que era un modelo clásico que mis padres habían alquilado para la ocasión y ya estaban allí todos los invitados. Así, llegando cerca de hora y media tarde, me aseguré de que no faltara nadie, pues habían llegado incluso los chupópteros que se perdían la ceremonia y llegaban para la comida.

Mi móvil había echado humo por el camino. Sin descolgarlo sabía que era Jorge cagado de miedo de que me hubiera arrepentido en el último momento, pero por supuesto que no lo cogí, ¿qué sería de la vida sin un poquillo de emoción?

Bajé del coche y mi padre, que parecía hasta mareado por la sofocación que se había tomado, me ofreció su brazo.

¡Ea! Ya se les había olvidado a todos la espera y estaban locos, ovacionándome a mi paso. Y no era para menos. Yo iba que era una muñeca y lucía la mejor de mis sonrisas.

Cuando llegué a la altura de Jorge, que estaba increíble con su frac, sus ojos expresaban la máxima de las emociones.

Creí que hoy rodábamos “Novia a la fuga 2” —fue lo primero que me dijo.

Tú chitón que todavía me doy media vuelta y me voy. Por cierto, hay que reconocer que estás muy guapo—reí.

Y tú serás una tardona, pero eres la novia más bonita del mundo—la emoción le embargaba.

Las bodegas eran el mejor escenario en el que podíamos casarnos y aquella mañana brillaban con luz propia. Habíamos cuidado hasta el último detalle, lógico, nuestra boda tenía que ser de

película y debería hablarse de ella diez años después.

No faltaban ninguno de nuestros familiares y amigos. Allí estaban mis padres, mis abuelos, mis suegros y todos nuestros amigos, así como nuestros compañeros de trabajo. Hasta Marta fue, que no se dijera que hacíamos de menos a nadie, pero ya la tendría yo vigilada.

Nuestro *wedding planner*, era el gay más divertido del mundo. Se llamaba Borja y yo había hecho unas migas impresionantes con él. El fruto de su trabajo era increíble y todo estaba que era una auténtica preciosidad. Vamos, digno de mí, en pocas palabras.

Bien visto, aquel día íbamos a dejar a “*Falcon Crest*” en bragas porque la gente no paraba de murmurar y es que yo no sabía cuántos ceros se había gastado Jorge en el evento, ni me importaba. A mí no me gustaba meterme en sus cosas, yo era muy respetuosa con su dinero y no me molestaba nada que se gastara enormes cantidades, siempre que fuera en cosas de mi incumbencia.

Yo fui a casarme sin dudas. Tan pocas tenías que en vez del “sí, quiero”, dije un “sí, claro”. Y el tío erre que erre, que decía que así no valía y yo no estaba dispuesta a bajarme del burro. Me parecía más original y no tenía por qué decir lo mismo que los demás.

Jorge me miraba flipando, igual que su madre, y mi padre volteó los ojos hasta el punto de que yo creí que en ese momento ya sí que salía en camilla, pero no, el hombre aguantaba. Bien sabía yo que no llegaría la sangre al río y esa era la mejor señal: yo tenía buenos genes.

A la hora del beso, Jorge y yo nos olvidamos del mundo y nos dimos uno tan largo e intenso que todos los asistentes terminaron vitoreándonos y aplaudiendo.

Ahora sí, ahora eres mi mujer, menos mal que no has puesto los brazos lacios como hacías al principio—rió Jorge.

No me provoques que te doy aquí un numerito que ni Lina Morgan—reí.

No, no, no se me ocurriría...

Nos fuimos por todos los jardines a hacernos las fotos y Jorge es que moría de amor. A ver, yo también, pero estaba más en mi papel de diva y él se desternillaba con mis cosas.

Imposible ser más bonita. Si es que soy el tío con más suerte del mundo—reía mientras me daba la mano durante el reportaje.

Y eso que al principio no querías verlo jodido. Me tenías cohibidita con tu actitud.

¿Cohibidita? Lo que no sé es cómo no me di un tiro. Creí que de esa teníamos que cerrar la bodega...

Anda, si a ti te he dado vida, que si no ibas camino de convertirte en un empresario amargado—me seguía encantado darle caña.

Créeme que eres todo lo contrario a lo que siempre pensé que sería la mujer con la que me casara, pero también que eres mucho más de lo que yo soñé...

Ya, ya, si me digas lo que me digas ya lo sé.

No puedo contigo, no puedo...

Pues para no poder, menuda trampa te has echado—me miraba a la alianza y él no paraba de reír.

Volvimos con nuestros invitados, que estaban disfrutando de los primeros aperitivos, regados, como no podía ser de otra manera, con los mejores vinos de nuestra bodega. Claro está que para la ocasión habíamos sacado una remesa especial con nuestra imagen en la botella. La de Jorge más seriecita, la mía haciendo la “V” de la victoria y es que había que ser agradecida, yo sabía que me iba a dar la vida padre.

El día transcurrió de lo más feliz y divertido. Jorge, que para eso era más galán, quiso que abriéramos el baile con un romántico vals y yo le di el gusto. Eso sí, a cambio, él tendría que ceder y bailar conmigo una balada rockera que volvió a arrancar los aplausos de todos los presentes, pues fue de lo más cañera, ¡Vales a mí!

Miré a Ashley y pensé en una maldad. Acababa de caer en que hacía muy buena pareja con Kike

así que fui haciendo de Celestina durante el baile, ¡a esos los liaba yo sí o sí!

Y no iban a quedar ahí todos los líos, porque mi amigo Nacho estaba pelando la pava que daba gusto con Borja, el *wedding planner*. Ese sí que le pegaba a él...

*Amore*, ¿no tendrá tu chico algún clon para mí? —me preguntó Yeya, mientras me daba un abrazo. Estaba encantada de la vida.

Mira lo que dice Yeya, pero no se te vaya a ocurrir buscarle a un pretendiente cualquiera, ¿eh? Que esta es como yo, pata negra—le advertí a Jorge con el dedo.

No mujer, tú déjame a mí. Dio un silbido y puso en fila a todos sus amigos solteros y divorciados, que fueron presentándose a mi amiga. Y así fue como se pasó toda la tarde bailando de brazo en brazo. Se la rifaban.

Si no te quedas con ninguno será porque no te dé la gana, porque los tienes a todos en el bote—reí, cuando se me acercó.

Si es que tenemos mucho arte. Mírate tú... te has convertido en la dueña de un imperio, gracias a tu esfuerzo y constancia...

Así, es—reí.

Nuestra boda fue como la soñamos. Una perfecta mezcla entre la cordura de Jorge y mi locura. Y es que el hombre de mi vida tenía que respetar que yo podía ser cualquier cosa menos convencional.

Aquí empezó todo y aquí hemos sellado nuestra unión para toda la vida—me susurró muy romántico cuando todos los invitados se hubieran marchado.

Para toda la vida si te portas bien, ojo. Saca los pies del plato y me quedo con todo tu imperio—reí.

## Epílogo

3 años después...

Sara, estás guapísima—Ashley acababa de salir de las oficinas—¿Y este rey pequeñito?

Ay, ay, ven con tu tita Ashley.

Sí, cógelo un poquito y ya verás cómo te quedas baldada de los riñones. Parece que está hecho de plomo...

A mí me da lo mismo, si me da lumbago me tomo una pastilla.

Buenos días, chico de la seguridad—yo era la misma, ¿para qué cambiar?

Buenos días, ama y señora de estas nuestras tierras—contuvo la risa.

Así me gusta, pero si lo acompañas de una reverencia, todavía mejor—ya ahí no pudo contenerse y rio a mandíbula batiente.

Buenos días, Paula ¿Y mi flamante maridito? —le pregunté a la nueva chica de recepción al entrar.

Buenos días, Sara. En su despacho. A ver el pequeñito—se acercó a Ashley, que venía detrás de mí con el pequeño Jorge en brazos.

¡Qué recuerdos me traía la recepción de la oficina! Allí había permanecido yo durante largas jornadas de trabajo en las que con el sudor de mi frente había sacado adelante la empresa. ¡Lo del sudor me dio asco pensarlo! Menudo aire acondicionado más rico me colocaba en aquel entonces...

El caso es que claro, después la tediosa vida de casada, teniendo que llevar sobre mis espaldas el peso de mi hogar, pues como que me imposibilitaba el trabajar. Sobre todo, porque solo teníamos tres personas de servicio en casa y claro, yo estaba reventadita... Y luego la maternidad, que vale

que teníamos una niñera para encargarse del niño por las noches, pero que aun así era increíble. ¡Con decir que en una ocasión le di yo un biberón de madrugada! Vale, que estaba desvelada, pero se lo di...

Pero bueno, que lo cortés no quita lo valiente y a mí me daba muchísima alegría entrar por las oficinas y ver el cuadro de mi insigne abuelo en la entrada. ¡Si es que mi linaje no tenía parangón!

Jorge, cariño. Ya estoy aquí para asegurarme de que todo va a salir bien mañana—le di un beso.

Pues menos mal que estás aquí porque no sé qué hubiéramos hecho sin ti—rio—Ya nos podemos ir a almorzar con tus abuelos, que nos estarán esperando.

A ver, la cuestión es que la empresa estaba creciendo a pasos agigantados. Está mal que lo diga, pero yo había puesto mi granito de arena para ello o, mejor dicho, una montaña entera.

Bien pensado, ¿podría decirse que yo era la cabeza pensante de la empresa, lo único que pensaba mejor cuando estaba en mi hábitat natural, es decir, de *shopping*, quemando tarjeta con Yeya. En esos momentos, se me venían grandes ideas a la mente y le pasaba un audio a Jorge. Lo mismo ocurría cuando estaba en el salón de belleza, en el SPA o en cualquier lugar en el que me relajara, dejando que fluyera el potencial empresarial que habitaba en mí.

Sin ir más lejos, hacía solo dos meses que tuve la última de mis revolucionarias ideas: le añadí un toque de color al uniforme de Jacinto el de seguridad, que me parecía de lo más soso. Y claro, al final todos esos detalles contaban.

Total, que así llegamos a la víspera del lanzamiento de la presentación del que estaba llamado a ser el mejor vino de nuestras bodegas, al que llamamos “Sara Carmona” por motivos obvios.

Yo estaba que no cabía en mí de gozo. Por fin se me valoraba como debía, así que aquel día íbamos a ir a comer con mis abuelos, que estaban locos de contentos por el crecimiento del negocio.

Juan, nos tenemos que ir ya que el niño tiene hambre...

¿Otra vez con lo de Juan? Al final vas a confundir hasta al niño—reía Jorge.

Nada, nada, de vez en cuando te tengo que llamar Juan, no puedes coartarme de esa manera.

¡Madre mía! —se ponía él las manos en la cabeza.

Se acercó al niño y se lo cogió a Ashley de los brazos. Estaba que no cagaba con él. Acababa de cumplir seis meses y era clavado a su papi, o sea, un muñeco. Eso sí, yo no sabía por qué no se parecía a mí. Con los pedazos de genes que debía tener, ¿cómo habían quedado los de Jorge por delante? Misterios de la vida...

Al salir, cogí al heredero y Jorge ya sabía lo que venía. Se moría de risa solo de imaginarlo. Lo había escuchado muchas veces...

¿Ves cariño? Todos esos viñedos, hasta donde te alcance la vista, serán tuyos algún día.

Hombre, mi hijo no iba a ser menos que el leoncito ese de la Disney, él estaba llamado a ocupar un puesto muy alto en el entorno vinícola y yo se lo contaba desde que lo tenía en la barriga. Llegamos a casa de mis abuelos y ese hombre es que se volvía loco con su bisnieto.

Abuelo, aquí tienes al que te va a suceder...

Nieta, sucederá a su padre algún día, yo ya me he quedado muy atrás...

De atrás nada. Mientras yo sea la dueña de la bodega, o sea, de por vida, tu cuadro estará en la recepción.

Hágale caso, por lo que más quiera—reía Jorge mientras le daba un abrazo a mi abuelo.

Almorzamos con ellos y les contamos cómo iba a ser el evento del día siguiente, en el que el abuelo tenía un papel destacado como el fundador de la bodega que fue, aunque el hombre era de lo más sencillo.

Abu, tú tienes que decir mañana unas palabras...

No, hija, que yo ya estoy muy pocho. Dilas tú en mi nombre.

Jorge debió pensar que esa no era la mejor de las ideas porque saltó como si tuviera un alambre en el culo.

Debería decirlas usted, créame. Es una gran idea, a todos les encantará.

Pues sí, pero que, si el abuelo no quiere, hablo yo por la rama de los Carmona—me encantaba ponerlo nervioso...

Aquella noche, Jorge estaba especialmente intranquilo. El día siguiente iba a ser muy especial y él deseaba que todo fuera como la seda.

A ti te voy a tener que distraer yo que, si no, no vas a coger el sueño—tiré de su camisa para el dormitorio y allí nos batimos en un duelo sexual de esos dignos de una película erótica.

Desde luego que yo no podía tener ninguna queja de Jorge y cuando la tenía era por mi forma de ser, es decir, porque si no hablaba, reventaba. Tenía el mejor marido del mundo y una vida que, si era honesta, no podía ser más fácil y bonita.

Después de nuestra boda todo había ido sobre ruedas en la bodega y nuestra lista de clientes nacionales e internacionales no paraba de crecer, por lo que tampoco lo hacían nuestras cuentas.

Los primeros años de casados quisimos pasarlos solos y fueron una continua luna de miel. Durante ellos, Jorge y yo nos dedicamos a viajar bastante a toda zona del planeta donde hubiera bodegas de las que aprender algo.

Lo cierto es que él tenía un coco privilegiado y parecía que había nacido para el vino y yo me había criado en ese ambiente, por lo que me movía en él como pez en el agua.

El día amaneció y era una auténtica preciosidad. Jorge estaba muy nervioso y yo no paraba de reírme.

Eres mortal, me va a dar algo y tú ahí descojonada...

Si es que no lo entiendo, lo tienes todo más que preparado, ¿qué crees que puede salir mal? Además, no es por nada, pero el nuevo vino viene pisando fuerte, es que vaya nombre y qué imagen...

Yo sola me lo decía todo. La idea de sacar el “Sara Carmona” había sido de Jorge porque pensaba que no podía existir un vino con más cuerpo y carácter que uno inspirado en mí. Y no fue fácil, los enólogos de la empresa estuvieron devanándose los sesos hasta dar con uno que nos pareciera acertado.

Vestí al heredero y me puse el magnífico vestido de cóctel que había elegido para la ocasión. Me venía preciosa y el niño me sentaba fenomenal. Y si ya uníamos ese marido que estaba que crujía, éramos la viva estampa de la felicidad y del poderío, ¡Cualquier cosa!

Aquel evento iba a dar mucho que hablar y allí estaba reunido lo más granado del mundo del vino.

Llegamos y todos nos aplaudieron. Yo me acordé de la famosa imagen de “*El Rey León*” y levanté al niño por encima de mis hombros. El chiquitín carcajeó y el resto de los asistentes se contagiaron. Aquello pintaba bien.

A esas alturas del partido, Jorge se había convertido en un hombre de negocios impresionante. A mí cada día me ponía más y eso de la erótica del poder lo notaba crecer por momentos, ¡es que me lo comía!

Se subió al escenario que habíamos preparado al efecto y dio una breve charla sobre la historia de la bodega, en la que mencionó por supuesto al abuelo y lo hizo subir. Fue muy emocionante porque el hombre comentó que en mí había visto en su día a una digna sucesora y que, finalmente, lo había sido.

Después me dio la palabra a mí y subí, entre vítores. Finalmente estaba donde merecía, aclamada por mi trabajo.

Os tengo que dar las gracias a todos por estar aquí en un día tan especial para nosotros, el día que lanzamos el vino “Sara Carmona” que puedo asegurar que se parece a mí y que,

por tanto, no os va a dejar indiferentes—todos rieron—Eso sí, tengo que reconocer que nada de esto hubiera sido posible sin mi marido, que tiene la paciencia de un santo. Yo creo que somos un equipo perfecto y el abuelo no se ha equivocado, soy su digna sucesora. Y es que yo tenía dos posibilidades, ponerme al frente de la empresa o casarme con el jefe y entre nosotros y ahora que nadie nos escucha—bromeé—la segunda opción me pareció más fácil. Un fuerte aplauso para mi abuelo, otro para mi marido y uno enorme para mí—pedí y la gente se partía las manos aplaudiendo.

A ver eso era carisma y lo demás tonterías. Enseguida comenzó la cata del vino y los clientes parecían encantados. Todo apuntaba a éxito rotundo.

Hija mía, yo ya sabía que donde tú ponías el ojo, ponías la bala. Siempre supe que ibas a triunfar—mi padre parecía tener amnesia o le venía genial fingirla.

Claro que sí, papá, porque mucho rollo de abogado y todo lo que tú quieras, pero mira, al final tu hija es la dueña de las bodegas y sin doblar el lomo ¿Cómo lo ves?

Sublime hija, lo veo sublime...

Si ya te lo decía yo, que ni puñetera falta que me hacía estudiar una carrera. La que vale, vale...

Sí, sí, cariñito, tenías toda la razón—llamó al fotógrafo que cubría el evento para que nos hiciera una foto juntos.

Esta va para la mesa de mi despacho, que no paro yo de presumir de hija empresaria.

Desde luego, ¡cómo había cambiado el cuento! Pero mejor así, ahora Don Enrique estaba de lo más parlanchín y dicharachero y yo creía que iba a poner dejar hasta el Danacol, porque incluso los triglicéridos y el colesterol le estaban volviendo a su sitio.

*Amore, amore*, ¡qué bien has hablado! *Ainss*, si tú estabas predestinada, yo ya sabía que algún día serías rica—esa era mi Yeya.

Sí, sí, tú, sin embargo, te lo has montado fatal... —Yeya se había liado con un productor musical que estaba en lo más alto de su carrera y también se pasaba la vida dando la vuelta al mundo con él—¿Dónde te marchas ahora? Porque cada vez que te pregunto me dices que te vas en dos días...

Pues ahora nos quedamos aquí una semanita—miró a su chico, que se llamaba Nicolás—por eso de la ecografía...

La miré y me puse a dar saltos.

¿No es broma?

No, cariño, qué va a ser broma, a ver si te crees que iba a dejar que se me pase el arroz, que yo le tengo que dar un primito al pequeño Jorge.

¡Qué alegría!

Sí y, además, como tú ya estás acostumbrada a moverte menos, cuando viaje te dejo también al mío—bromeó.

Yo se lo digo a Irene, la niñera, y le subimos el sueldo. Vamos que sí, que me lo quedo...

El que no da con una solución es porque no quiere. Eso está más claro que el agua y yo las encontraba todas rapidito, cualquier cosa menos padecer quebraderos de cabeza.

Me encontraba en mi salsa, con todos los clientes ovacionándonos y estableciendo los paralelismos que veían entre el vino que llevaba mi nombre y yo. En el fondo, creo que se enrollaban más que una persiana porque yo podría definirlo muy fácilmente: era sencillamente divino, como mi personita.

Nuestro peque también parecía estar encantado e iba de brazo en brazo. Comenzaron a pasar bandejas y bandejas de aperitivos que acompañar con el vino y a sonar una música en directo que estaba animando a tope a todos los asistentes.

Vi venir a Ashley del brazo de Kike. Ya no tenía nada que ver con aquella chica cabizbaja que un día conocí. Estaba preciosa y hasta parecía más mujer, siempre tremendamente erguida y echándole valor a todo. Su carácter había dado un giro de ciento ochenta grados y eso a Kike lo había vuelto loco, pues estaba coladito por sus huesos.

¡Enhorabuena, Sara! Está saliendo todo fenomenal.

Pues sí, ¿y a ti que te pasa? Te veo un brillo en los ojos especial.

¿Sí? ¿Tendrá algo que ver que ¡¡¡nos casamos!!!?

No me lo podía creer, parecía que mis mejores amigas se habían puesto de acuerdo para soltar bombazos informativos ese día.

Habéis conspirado para quitarme el protagonismo—reí mientras la abrazaba.

Madre mía, qué buen ojo tuve cuando dije de liar a aquellos dos, eran tal para cual... Si es que mi padre iba a tener razón en eso de que donde yo ponía el ojo...

Minutos después vinieron otros que tal bailaban, osease, Nacho con Borja de la mano. Aquellos no perdieron el tiempo y se casaron seis meses después que nosotros, en una boda que fue le leche de divertida.

Nacho siempre me decía que se llevaría a la tumba el secreto de si le había dado o no un ultimátum a su chico para que se casara con él como yo hice con Jorge, pero poca duda cabía de que se dieron patadas en el culo.

Total, que yo me sentía el epicentro de la vida amorosa de varios de mis amigos, salvo de la de Yeya, que esa era como yo, un volcán e iba por libre.

Cogí al niño en brazos y Jorge me tomó por la cintura. Seguimos acercándonos a todos los asistentes y yo levantaba la manita de mi hijo, para que imitara el saludito de mamá. Parecía un muñeco y la gente se desternillaba.

Eres única—negaba Jorge con la cabeza.

Hombre claro, ¡anda que si hubiera sido una más te hubiera echado el lazo!

Me quedé sola un momento y se me acercó Luisa que me dijo que me tenía que contar un chisme...

Mientras no sea de mi marido, que entonces MA-TO—le hice el gesto de cortarle el cuello.

No, mujer, si todo el mundo sabe que el jefe bebe los vientos por ti...

Vale, vale, pues entonces cuenta...

Me puso al día de un lío entre dos empleados nuevos, esa debía seguir escuchando con un yogur detrás de las paredes...

Jorge volvió a mi lado y me dio un apasionado beso. Me tenía totalmente enamorada. Había pasado de ser un jefe muy *Satisfayer* a mi hombre ideal y eso tenía mérito. Al final y al cabo, llegué a su vida para ponerla patas arriba y no solo aguantó estoicamente, sino que luchó lo indecible para tenerme en la suya. ¡A paciencia no había quien lo superara! Eso sí, todo eso se quedaba para mis adentros, porque yo llevaba hasta las últimas consecuencias aquello de no soltar prenda...

